TEATRO MODERNO

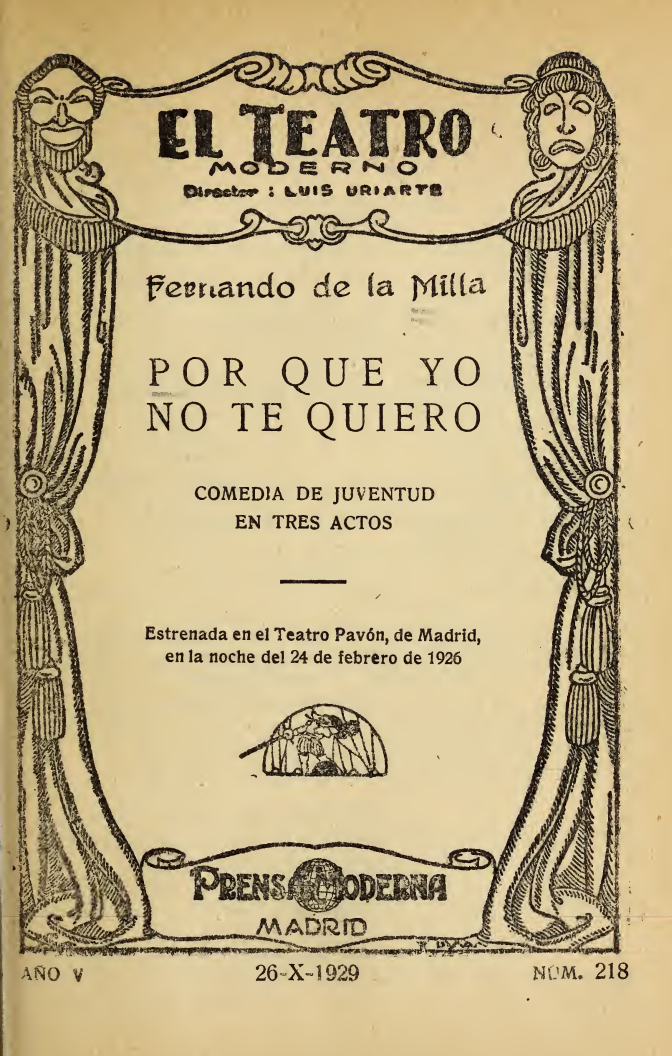


50 CTS

Fernando de la Milla

Por que yo no te quiero

Gago XXIX



Fernando de la Milla

POR QUE YO NO TE QUIERO

COMEDIA DE JUVENTUD
EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Pavón, de Madrid,
en la noche del 24 de febrero de 1926

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO V 26-X-1929 NÚM. 218

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Jesusa (28 años)...	*Sra. Pino.*
Dòña Fé (48 ídem)...	*Molgosa.*
Saluíta (20 ídem)...	*Srta. Martinez Sierra.*
Paco (25 ídem)...	*Sr. Mussot.*
Conde de los Alcázares (50 ídem).	*Villagómez.*
Pepito Gil (25 ídem)...	
Chano (40 ídem)...	
Rafael (50 ídem)...	

La acción del primero y tercer actos, en Sevilla. La del segundo, en una finca de campo andaluza.

Derecha e izquierda las del actor.

A ROSARIO PINO,
la inadjetivable, cuyo entusiasmo por esta comedia de juventud supone la satisfacción máxima de mi vida de escritor.
FERNANDO DE LA MILLA

ACTO PRIMERO

Un patio. El zaguán al foro. Escalera a la derecha. Dos puertas a la izquierda. Primavera. Las seis de la tarde.

(Al levantarse el telón, Chano entra en el zaguán y llama. Suenan en el timbre dos golpes lentos y pesados. Saluíta está asomada a la primera puerta de la izquierda, mirando al zaguán a través de los cristales de una de las hojas.)

SALUITA.—*(Dirigiéndose a alguien que se supone dentro.)* No hay cuidao ninguno... Es mi hermano. Pero, de toas maneras, aquí no entran nunca. *(Pausa breve.)* Bueno, mujé; ya sierro. *(Sale y cierra la puerta.)*
CHANO.—¡Camará, qué tardesita!... No sé cómo no me he disuerto en la plasa Nueva.
SALUITA.—*(Que ha abierto la cancela.)* ¿No sabes quién está ahí? *(Indica la primera puerta de la izquierda.)*
CHANO.—¿Quién está ahí?
SALUITA.—*(Yendo al pie de la escalera.)* Aguarda un momentito. *(Queda escuchando allí unos segundos como para cerciorarse de que no baja nadie.)*
CHANO.—Pero, ¿qué hases tú?
SALUITA.—¡Caya!... Me paresió oír... ¡Sí, sí, er señorito va a bajá en seguía!
CHANO.—¿Y a ti qué te importa?
SALUITA.—*(Volviendo al lado de Chano.)* ¿A quién espera er señorito esta tarde?
CHANO.—No sé. ¿Por qué iba a desírmelo?
SALUITA.—Eso mismo le he contestao yo.
CHANO.—¿A quién?

SALUITA.—A Jesusa.
CHANO.—¿A Jesusa? ¿Y qué tiene que ver eya?...
SALUITA.—Ha venío a enterarse.
CHANO.—¿A enterarse de qué?... ¡Acaba, Saluíta!...
SALUITA.—A enterarse de quién es la persona a quien espera er señorito. Y ahí está. *(Señalando la primera izquierda.)* Cuando ya iba a irse llegó don José...
CHANO.—Pero ¿por qué ese temor de que la vean? *(Se dirige hacia la puerta.)* ¡Verás tú ahora!
SALUITA.—*(Casi en un grito.)* ¡No, que no la vea nadie! ¡Er señorito, Chano!
CHANO.—*(Deteniéndose.)* Bueno, ¿y qué?
SALUITA.—¡Por Dios, no abras esa puerta! ¡Déjame a mí! ¡Yo me voy con Jesusa! *(Rápidamente hace mutis por la primera izquierda.)*
CHANO.—Pues, señor, no lo entiendo.
PACO.—*(Desciende las escaleras, seguido de Pepito Gil.)* Oye, Chano.
CHANO.—Señorito.
PACO.—¿No ha venido nadie?
CHANO.—Nadie.
PEPITO GIL.—*(Enclenque, consumido, producto lastimoso de la manzanilla y las noches de juerga. Sobre sus narices cabalgan unas horribles gafas de concha.)* Pero ¿quieres acabar de una vez?
PACO.—¿De qué?
PEPITO GIL.—De descorrer el velo, mi alma. Me llamas por teléfono para darme la gran noticia, me haces dar una carrera loca, y todavía me tienes así. Esto es criminal, querido Paco. Tú sabes que yo soy curioso hasta la insensatez, hasta el desequilibrio. Y tú, que lo sabes, abusas, y me tendrás como fascinado todo el tiempo que se te antoje. ¡Tú vas a matarme, tirano!
PACO.—Es que temo tirarme una plancha, anticipándome a los acontecimientos. Es que yo esperaba... Pero, oye, Chano, ¿es verdad que no ha venido nadie?
PEPITO GIL.—¡Y vuelta!

PACO. — *(A Chano.)* Bueno, pues mira: voy a salir ahora, y estoy seguro de que, mientras tanto, vendrán a buscarme. ¡Ay de ti si ese alguien se marcha antes de que yo vuelva!

CHANO.—Pierda usté cuidao. Gachó que entre por esa puerta, gachó que duerme aquí esta noche.

PACO. — Muy bien. Y escucha tú ahora, Pepito: la suerte está echada.

PEPITO GIL.—La mía, echada a perder completamente, desde luego.

PACO. — Entérate de una vez: si vuelves luego a las siete y no te tiras de los pelos de rabia y de envidia, mañana mismo puedes confesarte conmigo: lo harás con un cartujo.

PEPITO GIL.—¡Ah, no, no! ¡Protesto! Esto es la miel en los labios.

PACO. — Chitón. *(Por Chano.)* No quiero desmoralizar a mi escudero. Vámonos, y por el camino sabrás. Con cuentagotas, pero sabrás... *(A Chano.)* Y tú, ya sabes: mosca que entre, mosca que se sienta en esa mecedora. *(Aparte.)* Vuelvo al instante. Voy a echar a éste. Hasta luego.

CHANO.—Vaya usté con Dio.

(Entra Saluíta por primera izquierda.)

SALUITA.—Chano... ¿Salieron ya?

CHANO.—Ahora mismo. Y acabemos de una ve, Saluíta. Vamos a ve. ¿Qué pasa con Jesusa?

(Entra Jesusa también por primera izquierda.)

JESUSA.—¿Se fueron ya los moritos de la costa?

CHANO.—¡Jesusa! ¡Pero, muchacha!

JESUSA.—*(Estrechándole la mano.)* ¿Cómo estás, Chanito?

CHANO.—Asombrao de verte en esta casa.

JESUSA.—No sabes tú de lo que me ha sarvao tu hermaniya. Yo también he sío una loca en vení, pero Dió me ha premiao la valentía.

SALUITA.—¿Te convenses de que yo no sabía na? Que esperaba a arguien, ya te lo dije. Pero no podía desirte otra cosa.

CHANO.—Digo. ¿Pero es a ti a quien espera con tanto interés er señorito?

JESUSA.—Ya lo ves... Otra grasia de mi tía Fe. ¡Si se pué aguardar de eya too lo más malo y too lo más negro! ¡Ah! Pero no sabe eya que se va a salí con la suya..., y yo con la mía, desde luego. Se lo juro a ustede; yo vuervo esta tarde.

CHANO.—Explícate, mujé, que estoy hecho un lío. Primero er verte en esta casa, después lo de tu tía...

JESUSA.—Dos palabras... Tú conoses mi genio. Mi tía Fe que me da a entendé... una cosa horrible, Chano, relasioná con tu señorito. Yo, que quiero convenserme, que aprovecho nuestra amistá, que me planto en esta casa—¡una locura, ya lo sé!—. Saluíta que no sabe ni jota, y en ese instante un señorito que entra en er saguán y que nos corta la conversasión. Me entro por esa puerta, y desde ahí sí que me entero de too. Es desí, de na; cuatro cosiyas suertas, pero que me convensen de las negras entrañas de esa mujé.

SALUITA.—Y ya ves: está dispuesta a vení... Como quien sigue una broma, ¿verdá, Jesusa?

JESUSA.—¡Y que vuervo con mi magnífica tía! No sabe eya con quién se juega los cuartos. Pero aseguro, o vargo muy poco, que de esta hecha se acabaron mis humiyasiones y mi carvario. Se me han ocurrío unas cuantas cosas, no sé si malas o buenas; pero, en una situasión como la mía, lo malo es bueno si lo malo nos sarva.

CHANO.—¿Y qué situasión es la tuya? Si esa mujé es tanta vergüensa y tanta desgrasia pa ti, con que levantes er vuelo, ya estás al otro lao der camino.

JESUSA.—Hay argo más en mi vía, hay argo más. Bueno, tú no sabes... ni quiera saber tampoco. En fin, soy un laberinto, pa qué voy a desirte. Y sanseacabó. Dos palabras y a la caye.

CHANO.—¿Qué quieres?

JESUSA.—¿Me prometen ustede que esta conversasión no la sabrá nunca er señorito?

CHANO.—Pero, mujé...

JESUSA.—Grasia, y otra más. Er señorito no sabe si nosotros somos paisanos o no, si nos conosemos o no nos conosemos...

CHANO.—Perdona, pero no se ha ocurrío nunca la conversasión.

JESUSA.—Bueno, pues ustede no me han visto en la vía, ¿estamos?

CHANO.—Estamo, Jesusa, como quiera.

JESUSA.—Adió, Saluíta. *(Se besan.)*

SALUITA.—Pero loca, ¿vas a vorvé?

JESUSA.—Ya lo creo. No sirvo yo pa contrariá a la gente. Hasta ahora, Chano.

CHANO.—Adió, torbeyino, adió.

JESUSA.—Oye, escucha. ¿No se pue salir por otra parte?

SALUITA.—Es verdá, te puen ve...

JESUSA.—Figúrate, me ven salí y lo echo too a rodá.

CHANO.—*(A Saluíta.)* Acompáñala por er postiguiyo. Por ahí no hay cuidao. *(Paco entra en el zaguán.)* ¡Er señorito, Saluíta! *(Vanse Saluíta y Jesusa por segunda izquierda.)*

CHANO.—*(Abriendo la cancela.)* No me pregunté usté na; desde que usté se fué, pa nadie se ha abierto esta cansela.

PACO. — Mejor, no es la cosa como para caer en falta. ¡Ay, Chano, la de trolas que he tenido que inventar para espantar a Pepito! Yo lo había citado aquí, es cierto, pero ¿quién iba a figurarse que se nos iba a presentar a la hora precisa?

CHANO.—Si no manda usté otra cosa...

PACO. — Sí, una preguntilla.

CHANO.—Venga.

PACO. — ¿Tú cuánto tiempo estuviste en Rivera del Río?

CHANO.—Cuatro añitos, uno detrás de otro.

PACO. — Cuatro añitos... ¿Y hará de esto?...

CHANO.—Unos seis años. Cuando er señorito, su padre, que en gloria esté, compró la finca de los Almiares.

PACO. — Entonces... Sí, sí..., eso es. *(Como recordando.)* Verás tú, verás tú, verás tú... ¿A que tú

vas a ser quien me va a decir a mí?... Escucha, viejo...

CHANO.—Yo le voy a desí a usté too lo que usté quiera, porque yo sé lo que usted quiere.

PACO. — ¿Qué quiero yo?

CHANO.—¿A que me va usté a preguntá por doña Fe Mendosa de los Rosales?

PACO. — ¡Oiga usted, doña Pitonisa!... ¿Pero quién te ha dicho a ti?...

CHANO.—¿Usté lo ve?... ¡Je, je!... Doble vista y adivinasión der pensamiento. Si con mis cuarenta a la esparda no chanelara uno de estos belenes... ¡Fíese usté de este sorro viejo!

PACO. — Oye, dime: ¿vivía sola doña Fe en Rivera del Río?

CHANO.—Sola, no. Peor que sola: mal acompañá. Por sierto que me parese que tiene a arguien aquí, en Seviya... Una sobrina, si no me equivoco. Y hasta creo que me han dicho que está trabajando en una fábrica de juguetes.

PACO. — ¿La sobrina?

CHANO.—La sobrina. Una mujé que disen que vale un Potosí. Verdá que su tía vale má... Bueno, vale má no hablá de eya.

PACO. — Por eso te preguntaba. Me habían dicho...

CHANO.—Era la maestra de Rivera del Río. ¡Famosa. don Paco! Se hiso sélebre. No quiera usté sabé de escándalos, de jaleítos y de poca... vergüensa, hablando mal y pronto. Primero la pusieron en coplas, y luego la pusieron en la mismísima carretera. ¡Buen numerito!

PACO. — ¡Pobre señora! Sus disgustos le han costado esas travesuras. Si la vieras hoy... *(Al ver sonreír a Chano.)* No, no, de verdad, me consta. Y hay que hacer algo por ella. Quizás podamos darle una escuela otra vez.

CHANO.—Una escuela de muy malitas costumbres.

PACO. — Que es otra, te digo. Y yo le estoy gestionando ese favor ahora. La espero esta tarde, que va a traerme no sé qué certificados que ha pedido el inspector. *(Pausa.)* ¿Por qué te ríes?

CHANO.—Por na, señorito... Pero, ¡mire usté que es guapa—según disen—la sobrina de doña Fe!

PACO. — Sí que es verdad que vas para viejo, ¡saco de malicias!

CHANO.—No he dicho na. Chitón y punto en boca. *(Viendo entrar al Conde en el zaguán.)* El señor conde.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Ay, qué tardecita! ¡Abrid, abrid pronto! Gracias, Chano.

PACO. — ¿Qué hay, tito?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Una desconsideración solar digna de todos mis enojos. Buen veranito se nos anuncia.

PACO. — ¿Y cómo a estas horas por aquí?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Vengo del Círculo. Se me hizo tarde y almorcé allí mismo.

PACO. — Muy bien. ¿No te sientas?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿En dónde? ¿En una de estas mecedoras? Veamos si es posible. Tú, Chano, siéntate ahí.

CHANO.—¿Yo, señor conde?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡No seas majadero!

CHANO.—Bueno, pue ya estamo. *(Se sienta en una mecedora.)*

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Mécete más... Más... Más aún. ¿No te caes?

CHANO.—Que yo sepa, no.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No será este chisme el de ayer. Porque yo, ayer, di un batacazo realmente vergonzoso.

PACO. — Te quedarías dormido, y en algún movimiento...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Tal vez, pero me parecen demasiado radicales tus despertadores. Y por si éste era de repetición...

CHANO.—Con permiso... ¿No hay que sentarse en ninguna parte má?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—En la cocina, lárgate. *(Vase Chano por la escalera.)*

PACO. — Bueno, bueno, mi señor conde de los Alcázares... *(Pausa.)* Mira, estoy de humor. Voy a contarte "cosas".

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Hombre, de primera! ¡A ver si así no me quedo dormido!

PACO. — ¿Qué pensarías de mí si te dijera que soy el hombre más feliz de la tierra?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Ah! Te compadecería mucho. Sería señal de que estabas en víspera de ser el hombre más desgraciado del Universo.

PACO. — En fin, no te digo más; mi última aventura.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No me había enterado de la primera.

PACO. — Mira que no sigo.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Sigue. Una aventura de amor, ¿verdad? Ya me figuraba la índole del secreto. No te habrás enamorado, claro está.

PACO. — Hombre, loco, pero no tanto.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Sí, porque *eso* de poder enamorarse es una categoría espiritual no al alcance de todas las fortunas.

PACO. — No te hago caso, y sigo. Se trata de una mujer... ¡ay, tito, qué mujer! ...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No la conoceré yo.

PACO. — ¡Qué más quisieras tú!

CONDE DE LOS ALCAZARES.—O qué más quisiera ella.

PACO. — Verás: yo la conozco desde hace poco tiempo. La veía pasar todas las tardes por delante del Círculo, y te digo que me tenía verdaderamente intrigado la indina. La encontraba guapa hasta desconcertarme. La seguí, la perseguí... Todo inútil. No había forma de ensartar ni dos minutos de charla.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Termina ahí la aventura? Bien, muy bien.

PACO. — ¡Ca! Ese es el principio solamente.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Ay, caramba! ¿Y empiezas por intrigarte? ¡Mal, muy mal!

PACO. — Ya me fastidiaba un poco su seriedad inflexible, su impenetrable silencio, cuando, de repente, cuando menos lo esperaba...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Qué? ¿Se permitió el lujo de hablarte para mandarte a paseo?

PACO. — Asómbrate, tío. Abrió su pico y nuestra primera charla duró tres horas. Pero no puedes imaginarte, y explicarte mucho menos, su cambio repentino. Antes, toda altivez y seriedad. Ahora, toda cordialidad y sonrisas, casi promesas.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Y tú te has explicado el misterio?

PACO. — Me lo explicaré. Pero verás. A poco, aparece en escena otro personaje. Nada menos que su señora tía—su única familia—. Y he aquí que la parienta se apresura a pedirme un favor.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Ay, ay, ay! Total, saldo en tu contra, pesetas...

PACO. — No, no te aparesures tanto. Se trata de un expediente que hay que resolver en favor de esa señora, que es maestra.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Maestra! Doble motivo para que te traten como a un párvulo. Bueno, bueno, y en final, ¿por todo eso te consideras un ciudadano feliz?

PACO. — Pero, desdichado, ¿tú sabes lo que ese demonio de mujer y esta desgracia personal vamos a querernos? *(Levantándose.)* Anda, vamos arriba.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Vas a convidarme? Vamos allá. *(Vanse por la escalera.)*

(Queda un momento la escena sola. En seguida aparecen en el zaguán Jesusa y Doña Fe. Doña Fe llama al timbre. Chano baja la escalera.)

CHANO.—¡Anda, y quién ha venío!... *(Abre.)* ¡Jesusa! ¡Dichosos los ojos!... ¡Doña Fe de mi arma!...

FE. ¿Qué sorpresa, eh, Chano? Te preguntarás que de dónde te ha caído esta visita.

CHANO.—Siendo ustedes la visita, der sielo. No pué caer de otro sitio.

FE. Me espera don Paco, por supuesto.

CHANO.—Arriba está, sí, señora. Yo también sabía que iba usté a vení. Don Paco acaba apena de desírmelo..

JESUSA.—A mí no me espera, ¿verdá, tú?

CHANO.—No sé. Me ha hablao sólo de tu tía. Pero te resibirá, mujé, no te apures. Por lo pronto, yo no te dejo salí ya. Tengo órdenes de enserrar en el cuarto oscuro toas las cariyas feas que entren por esa puerta.

FE. Bueno, Chanito, ¿serás tan amable que quieras avisar?...

CHANO.—No hase farta. Mire usté: ahí viene don Paco, y yo me las guiyo. Hasta ahora, y que sarga too buenamente.

JESUSA.—Adió, Chano.

FE. Adiós. *(Vase Chano por segunda izquierda.)* *(Desciende Paco las escaleras.)*

PACO. — Digo, ¿pero estaban ustedes aquí?

JESUSA.—Chavó, con don Paquito. Y que no se hase usté esperá.

PACO. — La verdad... no sabía...

FE. No le haga usted caso. Acabamos de llegar ahora mismo.

PACO. — Ya decía yo. Pero... esperen un momento, que yo ponga en orden mis ideas, o voy a creer que me he vuelto loco.

FE. Pues, ¿qué pasa?

PACO. — Procedamos con método. Usted quedó conmigo en venir esta tarde para acordar esos trámites necesarios de su expediente. Muy bien. Pero a este diablillo ¿quién le ha mandado venir a mi casa?

JESUSA.—¿Por dónde se sale? *(Simulando el mutis.)*

PACO. — Quieta aquí. ¿Quién le ha mandado venir a mi casa sin previo aviso, para colgar el patio, darle todo el chorro a la fuente, sembrar de reventones el suelo y tapizar de canarios las paredes?

FE. Hoy es nuestro día de calle, don Paco. El postre de la semana. Salimos juntas y...

JESUSA.—Ademá, le arvierto a usté que ya no me voy. ¡Tendría que ver!...

PACO. — Tendré, tendré que ver. *(Acercándose muy despacio a Jesusa. Insinuante. Casi en voz*

baja.) Y mucho, y muy simpático, y muy bonito. Oiga usted, Jesusa...

JESUSA.—Presente.

PACO.—Ese palmito... ¿se lo han hecho a usted de encargo?

JESUSA.—Y a la medida.

PACO.—¿De París, de París lo trajeron?

JESUSA.—De Triana, y hay que pagá menos portes.

PACO.—¿Y esos ojillos? ¿De Tetuán o de Argelia?

JESUSA.—No sé siertamente. Der moro sí sé que son. Y legítimo. De en ca Mahoma.

PACO.—De por allá serán, no cabe duda. Porque a su lado se siente uno sultán aunque haya nacido en la Alameda. *(Pausa. Paco, muy cerca de ella, la contempla fijamente.)*

FE. ¡Ejem! ¡Ejem!

PACO.—Perdón, señora. Pero comprenda usted...

FE. Todo comprendido, don Paco. Bueno, si pudiera ser, le dejaría escrito lo que hay que tramitar para mi asunto. Sería más seguro, ¿no le parece?

PACO.—Oh, sí, sí, tiene usted razón. Suba, suba a mi despacho. Pregunte a cualquiera... De mi parte...

FE. Jesusa, juicio, mucho juicio con don Paco. *(Vase por la escalera.)*

PACO.—¡Que usté siga bien, señora!

JESUSA.—Vaya un palasio que ha sabido usté escondé en esta cayeja seviyana.

PACO.—Y a su disposición que está.

JESUSA.—Pa mí es mucho, y no quió perderme.

PACO.—¿Cómo?

JESUSA.—Que no quió perderme en una casa tan grande.

PACO.—Ya... *(Pausa.)*

JESUSA.—¿Y usté qué dise?

PACO.—¿Yo?

JESUSA.—Claro.

PACO.—Nada.

JESUSA.—No es mucho.

PACO.—Quisiera yo decirle tantas cosas...

JESUSA.—Que no se le ocurre ninguna.

PACO. — Como pasa siempre.
JESUSA.—¡Qué lástima! *(Pausa.)*
PACO. — Mira, Jesusa...
JESUSA.—**¡Eh!**
O. — Mira, **Jesusa...**
JESUSA.—¿Cómo? ¿"Mira... *tú,* Jesusa", es lo que quie usté desirme? Vamos... ¿tú por tú?
PACO. — Es que ese nombre... Jesusa... tan pequeñín, no se aviene mucho con el usted.
JESUSA.—Bueno, aunque es demasiao pedí pa que veas tú—¿te has enterao?—que Jesusa no es muy intransigente, consedío. Adelante.
PACO. — Muchas gracias. Y ahora, así, a rajatabla. Desde luego, para hacer tiempo hasta que baje tu tía. Vamos a ver: ¿cuántos novios tienes?
JESUSA.—Tres.
PACO. — ¡Qué atrocidad!
JESUSA.—Y pa mí solita. Er perro, er gato y er canario de mi casa. Los tres cariños más grandes de mi vía.
PACO. — ¡Ay, Jesusa, ahora respiro!
JESUSA.—Y tú, ¿cuántas novias tienes?
PACO. — ¿Yo? Ninguna... Y por eso, al verme solito y sin compromiso... *(Pausa.)*
JESUSA.—*(Después de una buída mirada escrutadora.)* ¡Ay, ay, ay, que no vamos a podé engañarnos!
PACO. — ¿Engañarnos?
JESUSA.—Te diré como tú antes... Mira, Paco... ¿Has visto qué pronto me he acostumbrao? Tie que ve... Mira, Paco... Así, como si nos conosiéramos de toa la vía...
PACO. — Si es lo más fácil.
JESUSA.—Bueno, pues mira: ¿vamos a desirnos toa la verdad?
PACO. — Venga de ahí.
JESUSA.—¿Qué piensas tú de Jesusa?
PACO. — ¿Yo? Que eres la mujer más...
JESUSA.—No, no, no. Piropos, de ninguna manera. A ti se te conose en la cara que debes de inventarlos muy bonitos. Ahora no se trata de eso.
PACO. — ¿A qué te refieres?

JESUSA.—Hombre, a lo que tú pensarías de mí al verme pasar toas las tardes por delante der Casino, ar paresé, tan loquiya, entre mis compañeras de la fábrica. Después, cuando hablaste con doña Fe... ¡Doña Fe, tan diplomática... tan insinuante!...

PACO. — ¡Qué ocurrencia! ¡Qué iba a pensar! Además... eso de loquilla quizás sea el único adorno que te falta. Bueno, es decir... Pero, ¿no vas a enfadarte?

JESUSA.—*(Verdaderamente interesada.)* ¿Qué? ¿Qué? ¡No me enfado, dímelo, dímelo!

PACO. — ¡Loquilla, no, pero loca, rematadamente loca, eso sin discusión posible!

JESUSA.—Y ¿por qué? ¿Y por qué me dices eso? ¿Es que notaste argo en mí? ¿Arguna cosa rara?... ¡Sí, sí, argo sería *(Golpeando el suelo, impaciente.)*

PACO. — ¡Ay, qué gracioso! Pero, ¿qué cara has puesto? Pero esa cara seriota, ¿es de verdad o de mentirijillas?

JESUSA.—Da lo mismo, no me hagas caso. Pero respóndeme. ¿Es que yo desentonaba un poco entre la algarabía de mis compañeras? Porque mis compañeras eran toas unas tarambanas... ¡Huy, anda ya, contéstame!

PACO. — Si es que, precisamente, por eso te digo lo de loca. Porque no tenías término medio. Por la mañana, unas veces eras el pájaro más alborotador de Sevilla entera, y, por la tarde, una fierecilla engreída, con el gesto más graciosamente serio que pueda verse. Así me traías: de cabeza y tropezando con las esquinas.

JESUSA.—Tiés razón, estoy de remate. Y es que yo quisiera... *(Ensimismándose profundamente.)* Si pudiera una... Sí, sí, pero ríete tú de too eso de proponerse una cosa y conseguirla... Que si con voluntá, que si cuando una quiere...

PACO. — ¡Eh, eh, eh! ¡A despertarse tocan! Pero ¿es que estás soñando, Jesusa?

JESUSA.—Una pesadiya, hijo mío... Se le va a una er santo ar sielo. ¿Qué iba yo disiendo?

PACO.—Que estabas de remate.

JESUSA.—Ah, es verdá. Pero no te creas que es por ti.

PACO.—Mujer, pero no me lo digas tan pronto. Yo, que pensaba aprovechar esta ocasión tan bonita... El patio, la fuente, la sombra, el silencio. ¿Quién pide más?

JESUSA.—¿Una declarasión en toa regla? Pue mira, si te parese, pa aluego es tarde.

PACO.—¡Mira que me declaro ahora mismo!

JESUSA.—¡Ay, Virgensita, qué vergüensa!

PACO.—¡Caray, que me declaro! Jesusa, no hay más que verte para comprender que una mujer como tú tiene que sentir muy en grande, igual un odio que un cariño. Sé a lo que me expongo, y sé también que los amores de una mujer así hay que conquistarlos a fuerza de méritos. Dime tú los que a mí me faltan para salir victorioso. *(Larga pausa.)*

JESUSA.—¡Caramba, ya esto es má serio!

PACO.—¿Qué dices?

JESUSA.—Na, que ya esto es má serio. Ven acá, que yo te mire bien. *(Le coge ambas manos y se le queda mirando a los ojos.)* Ajajá... ¡Josú, qué cara má sinvergonsona!

PACO.—¿La que ves en mis ojos?

JESUSA.—¿Te crees que ya me miro en eyos? Déjame ve... Así. Así. Ya está. ¡Te voy a hasé el hombre má felí de la tierra!

PACO.—¡Jesusa!

JESUSA.—Lo dicho. Que te hago el hombre má felí de la tierra!

PACO.—¿Verdad que sí? ¿Y por qué lo sabe esta bruja?

JESUSA.—Porque leo en tus ojos que no estás enamorao.

PACO.—¡Ah, pues me has resultado un Onofroff de a perra gorda!

JESUSA.—Cuentos de camino. ¡Si tú estuvieras enamorao de mí!... ¡Si lo sabría yo!...

PACO.—Pero tú lo sabes todo, presumidilla.

JESUSA.—Es verdá. A pretensiosa no hay quien me gane. Bueno, pero, en totá, ¿qué? Aquí no se discute má felisidá que la tuya, y ya te he dicho que ésa es gayina de mis corrales. Enamorao de mí... no. ¡Sí que tendría que ve! Pero... que te gusto la mar con los peses, y que te trae tarumba este cuerpesiyo mío... ¡a ve quién me dise que es mentira! Ties rasón, muchacho... Pa ti es er mundo, tú sabes por siete, y tú te has dao cuenta, y has visto er camino, y te has dío derecho... y aquí estoy yo pa desirte que la razón es tuya. *(Paco no puede evitar un gesto de desagrado, casi de malestar. No deja de mirarla como escrutando el verdadero significado de aquella "entrega" tan fácil e inesperadamente ofrecida.)* ¿No estamos conforme?

PACO. — Creo que no.

JESUSA.—¿Es que te habías propuesto argo má? No lo creo. Doña Fe ya está acostumbrá a siertas mediasiones, y sabe poné las cosas en su punto... *(Pausa.)* Pero, ¿qué le pasa a este hombre? Ah, vamos. Ya. Se está hasiendo el interesante. Hinchaíto de vanidá que me lo he puesto.

PACO. — Que me he dado cuenta, has dicho... ¿De qué? Que he visto el camino y me he ido derecho... ¿Adónde?

JESUSA.—¡Ay, ay, ay, que nos ponemos tontos a última hora! ¿Es que vas a ofenderte? ¡A ofenderte... tú! ¿Y yo voy a tené que pedí que me perdonen?... ¡Yo!

PACO. — No, Jesusa, nada de eso. Es que yo, ya ves tú el orgullo de los hombres; yo me sentía ahora conquistador, valiente, osado, seguro... Algo así como un saldo de Don Juan, a precios increíbles. Frente a mí, la paloma, un poco aturdida, temblorosa, casi indefensa ya... El triunfo aguardándome para dentro de unos minutos, y, de repente, ¡adiós mi dinero! La que yo creía víctima, que se levanta y me dice: "Pero no se

canse usted tanto, criatura. ¿No ve usted que estoy al cabo de la calle?" Comprenderás que me has chafado la escena y que no hay forma de continuar.

JESUSA.—¿Estás acharao?

PACO. — Una mijita nada más. ¿No lo estás viendo?

JESUSA.—Pero, oye, ¿te he dicho yo argo malo, como para ofenderte?

PACO. — Ya tanto no, mujer.

JESUSA.—Entonses, ¿qué? ¿Ya no vamos a querernos?

PACO. — Yo creo que sí... Y hasta querernos mejor. Vamos a ser los mejores amigos del mundo. *(Pausa.)*

JESUSA.—¿Quieres que te diga la verdá de lo que te ha pasao?

PACO. — ¿También lo sabes tú?

JESUSA.—¡Que si lo sé!... Y yo me pregunto; ¿pero existe un hombre que se detenga en er camimino de una mala arsión con una mujé, como tú te has detenío? Pero, ¿es verdá lo que han visto mis ojos?

PACO. — ¿Qué han visto tus ojos?

JESUSA.—Que te has arrepentío de la malita faena que habías comensao. Que, por la tía, te formaste opinión de la sobrina, y, ahora, ar verme tan dispuesta a no contrariarte, has pensao, y estabas en lo sierto, que rasones muy tristes y muy negras debían obligarme a no yevarte la contraria. Por eso te has detenío, y has dicho: "De aquí no paso". Por eso yo, ar verte tan cabal, tan noble y tan cumplío, me he dicho también: "¡Vaya, que es demasiao bueno este hombre pa andá solo por er mundo!"

PACO. — Sin comentarios, Jesusa. Renuncio a la felicidad que me prometías y me contento sólo con una buena amistad.

JESUSA.—*(Estrechándole la mano.)* Vale usté un miyón, Don Hombre Bueno.

PACO. — La primera mujer que me lo dice.

JESUSA.—Y no se fíe usté mucho. Como se lo digan má de dos veses, es que quien yamarle tonto.

PACO. — Amigos leales, ¿eh?

JESUSA.—¡Y pensar que es verdá que usté no me engaña!...

PACO. — ¡¡Ahora nos hablamos de usted!!

JESUSA.—¿No ve usté cómo no podemos engañarnos? *(El Conde de los Alcázares aparece en el hueco de la escalera.)*

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Pues vaya una sorpresa que me reservabas!

PACO. — ¿Qué sorpresa?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—La tía de esta feísima. ¡Desde cuándo nos conocemos!... *(Llegando hasta Jesusa.)* Dispensa. Voy a calarme los lentes. Vamos a mirarte. Es decir, a admirarte.

JESUSA.—*(En jarras. Guiñándole maliciosamente.)* ¿Qué? ¿Muy fea? ¿Muy fea?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Vaya un palmito! Y aún dicen los viejos del Casino que ya no hay mujeres como las de su tiempo. Envidia de verse inútiles.

JESUSA.—¿Y dise usté que conose a doña Fe?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡No me hablen ustedes! ¡Y qué sandunguerita se conserva la indina! Pasaba yo por la biblioteca, y me encuentro a una señora... "Pero, Fe, ¿eres tú?" "Leopoldito, ¿no me equivoco?" Y... y... bueno, no te enfades, hija mía, pero ¡nos hemos abrazado!

JESUSA.—¿Tiene usté mucha fuersa?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Muy pocas, figúrate, muy pocas.

JESUSA.—*(A Paco.)* Bueno, ¿y este señó quién es?

PACO. — Mi tío, el único tío simpático de la familia.

JESUSA.—¡Ay, várgame Dio! ¿Conose usté a doña Fe de sus tiempos de maestra en Rivera der Río?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Justo. ¡Y qué guapa moza estaba! Traía a los hombres de cabeza. Fuimos amigos, muy amigos... Yo pasaba largas temporadas en los Brazales, una hacienda de aquel término. Pero aún hay restos de tanta hermosura. ¡Esas manos de nieve! Bueno,

¡para qué decirte! Llamaban la atención. Así, como lo oyes. ¡Qué aristocracia la de sus dedos de armiño!

JESUSA.—Porque nunca conocieron el estropajo. *(Baja Doña Fe.)*

PACO. — Aquí tiene usted al pollo. ¿Conque hemos evocado dulces recuerdos?

FE. ¡¡Oh! ¡No me hable usted! ¡Qué sorpresa! ¡Quién iba a decirme!

JESUSA.—Sus buenas relasiones que aparecen por toas partes.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Te acuerdas de tus escapadas a los Brazales? *(Aparte.)* ¡Aquella alberca bajo el emparrado! "El baño de Diana", que decía el cronista del pueblo.

FE. ¡Calla, calla! ¡Qué sofocación! ¡Qué cosas dices!

JESUSA.—Bueno, doña Fe, cuando usté quiera nos vamos.

FE. Nos marchamos, sí. Aquí tiene usted. *(Alargando un papel a Paco.)* Sin embargo, no pienso dejarle ni a sol ni a sombra. No dudo del interés con que ha tomao mi asunto; pero usted sabrá disculpar mi insistencia... Volveré por aquí de vez en cuando.

PACO. — Por su casa. *(Pausa. Doña Fe le mira insistentemente.)* Por Dios, señora, ¿estaré enfermo? Es una mirada alarmante.

FE. No sé... Juraría... *(Satisfechísima.)* ¡Ah! ¡Ya, ya! ¡Aquí hay gato encerrado!

JESUSA.—¡Doña Fe!

PACO. — Señora, yo le ruego...

FE. Pero ¿no ves, Leopoldo?

PACO. — Señora... yo le ruego... formalmente, que no moleste a Jesusa de esa manera. No sé qué quiere decir. No hay motivo...

FE. ¡Oh, oh, Don Paco, por favor! ¡Estoy confundida! Es que temía... No sé... Jesusa, ¿alguna ligereza de tu parte?...

JESUSA.—Sí, sí, doña Fe. Si hubo ligereza, fué de mi parte, precisamente...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Caramba, que es cierto! Yo no he querido decirte nada, porque sé lo aprensivo que eres. Jesusa, hija mía, confiésalo, ¿qué le has dado? Este chiquillo bueno no ha sido tonto hasta ahora... Comprenderás que la enfermedad es para alarmarse.

JESUSA.—*(Riendo, para terminar la labor del Conde de salvar la situación, un poco violenta.)* ¡Juro y perjuro que soy inocente! Y si piensan que hemos reñío... ¡que Dios les conserve la vista! ¿Verdad, don Paco?

PACO.—¡La pura!

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Mira, no te preocupes. Vaya usted a saber las combinaciones. Maturrangas, querida Fe, maturrangas.

FE. Tienes razón. En fin, de cualquier manera, ya es tarde...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Te vas? Vengan esas dos palomas. *(Conservando las manos de Doñe Fe entre las suyas.)* ¡Fe de mi alma, siento vergüenza de verme a tu lado! ¿Qué agua milagrosa se encarga de conservar siempre intacta esa vuestra fermosura? Yo... mírame compasiva... un trasto viejo.

FE. Coquetería, Leopoldo, coquetería.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Qué más quisiera yo!

FE. Estás más joven.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No lo creo.

FE. Tú lo sabes.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Oh! "Estos, Fabio, ¡ay, dolor!, que ves ahora, campos de soledad"...

FE. Y guapo, si tú no te enfadas.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Pero, ¡qué caramba!, también fuí joven, y me amaron mucho y amé yo más. Bien es verdad que en mi generación hubo un escándalo de mujeres guapas. Tú entras a medias en esta galantería. Fuiste, y lo serás siempre, de las más guapas... entre las muy posteriores a mi generación. Yo hubiera sido incapaz de decir otra cosa.

FE. En fin, basta, basta. Estos muchachos se están burlando de nosotros.

JESUSA.—Una mijita na más.

FE. Jesusa...

JESUSA.—Andandito. *(Al Conde.)* Mucho gusto...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Para mí es un disgusto. Conocerme tan viejo, tan cascado... ¡Me daba así!...

FE. Hasta otra vista.

JESUSA.—Adiós.

PACO. — Adiós. *(Salen ambas por el foro.)*

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Venga usted acá, miserable. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué martingalas son ésas? Habilidades conmigo, no.

PACO. — ¿Qué habilidades?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Tú no has podido ofenderte de verdad por unas cuantas frases maliciosas de Fe.

PACO. — Maliciosas y molestas. Como de quien acaba de descubrir una complicidad, una complicidad que no existe. Peor, que ella deseaba que existiera.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Te digo que eres un hombre absurdo. Sabías que la tía te preparaba el encuentro y te facilitaba la... "entente cordiale", y, luego, cuando baja la pobre señora, te sonríe, y te dice unas cuantas tonterías como felicitándote por el éxito obtenido... pues vas tú, y le sueltas un par de frescas, que no quiero acordarme. ¡Hijo mío, yo no te entiendo! *(Pausa. Paco no contesta, abstraído, ensimismado.)* A no ser que estés de tan mal humor porque te haya salido la criada respondona. ¿Eh? ¿He acertado? ¿Ha sido eso?... Bueno, pero ¿vas a hablar? ¿Me contestas, o me voy?

PACO. — En fin, cómo ha de ser... Mira, te lo voy a decir... ¿Tú sabes lo que es hacer el tonto?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Creo que sí.

PACO. — Bueno, pues tu sobrino ha hecho el tonto esta tarde.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Muy mal hecho.

PACO. — No, admirablemente. Lo he hecho a la perfección. Hablé con Jesusa, le insinué mis pretensiones, y ella se apresuró a contestarme que las aceptaba sin el menor inconveniente.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Y a eso le llamas tú hacer el tonto, ladrón?

PACO. — Escucha. Me dijo que las aceptaba sin el menor inconveniente... Pero me dijo también, entre otras cosas, más o menos desagradables, que "yo me había dado cuenta", que "el mundo era mío"; es decir, del que mejor paga, que "yo había visto el camino y que había ido derecho a él como una flecha".

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡No que no! Bueno es el niño.

PACO. — Total, que me dió a entender que aceptaba lo que yo "desinteresadamente" le ofrecía por la sencilla razón de que no le quedaba otro remedio.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Bien, ¿y qué?

PACO. — Pues, nada, que yo vi en todo eso un drama, una tragedia, una catástrofe... y empecé a retroceder, y a desandar lo andado.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Crees que accedía por hambre? Yo creo que no. Jesusa se gana su vida trabajando.

PACO. — No sé... Por hambre, por disgustos de familia... ¡Vaya usted a saber! En resumidas cuentas... que no sé lo que me pasó, que hasta me acharé un poquitín y todo... y, vaya, que hice el lila... ¿cuántas veces voy a decírtelo?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Ah, vamos! ¿Lo que tú pretendías era que te quisieran por tu bellísima cara?

PACO. — No, tito, no. No es eso. Aquí no ha pasado más sino que se me cayó el alma a los pies al oír a una muchacha que me decía: "Aprovéchate, granuja, que yo no puedo valerme".

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Puede que tengas razón. Y no es más que la falta de costumbre.

Está uno tan poco acostumbrado a que le canten las cuatro verdades del barquero... *(Pepito Gil entra en el zaguán.)*

PEPITO.—¡A ver, esa cancela!

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Caramba! ¡Pepito!

PACO. — *(Aparte.)* ¿Vienes solo? *(Abriendo.)*

PEPITO.—*(Que no comprende el aparte. En voz alta.)* Sí, pero no te apures. Ahora vienen. Señor conde, ¿cómo va su preciosa salud?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Mejor que la tuya. Pero ¿qué acabas de decir? ¿Que ahora vienen? ¿Quiénes van a venir?

PACO. — Unos cuantos amigos. Vamos a ir a Tablada. *(Aparte a Pepito.)* ¡Eres idiota!

PEPITO.—¿Cómo?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Que eres idiota, te acaba de decir. Digo, eso he oído yo. Y se acabaron los apartes. Vamos a ver, Pepito: ¿quiénes van a venir y para qué van a venir?

PEPITO.—¿Cómo? Pero ¿tu tío no ha venido también para?... ¿Pero es que no te ha salido bien la combina? Pero ¿es que se ha ido ya?...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡¡Oy, oy, oy!! ¡Dios mío de mi alma! ¡No hablen ustedes más! ¡Ya lo sé todo, ya lo sé todo! Le habías dicho a Pepito, y a otros que no son Pepito, que la fortaleza quedaría rendida esta tarde. ¡Oy, qué gentecita! ¡Oy, qué horror! ¡Y dentro de poco vendrán todos los cazadores para ver la pieza cobrada! ¡Atrás, villanos!

PACO. — ¡Te portaste, don José!

PEPITO.—Pero, señor, o yo estoy loco, o lo están ustedes, o el mundo se asfixia de estupidez esta tarde.

PACO. — Nada, nada de eso. La paloma ha venido y ya se ha marchado. *(Sonriendo.)* Pero no te pongas serio tú ahora. Aquí tienes nada menos que a todo un sentimental. He dejado escapar la ocasión por mi gusto. *(Declamando cómica y aparatosamente.)* La infeliz, agobiada por tristes necesidades de la vida, era como una fruta

propicia, que, para alcanzarla, sólo me hubiera bastado con alargar el brazo. *(Bromeando.)* Pero en un instante juzgué criminal aprovechar la miseria de los débiles, para impulsarlos a una caída vergonzosa. No ha ocurrido más. *(Al Conde.)* ¿Eh? ¿Qué te parece? ¿He estado bien?

PEPITO.—Pero esto es intolerable. Don Leopoldo, usted habrá sido el primero en reírse.

PACO. — Puedes pensar de mí lo que tengas por conveniente.

PEPITO.—Mira, Paquito, vamos, a mí no me la das tú.

PACO. — ¿Te engaño, verdad?

PEPITO.—Si te conoceré yo... Tus líos de siempre. ¡Eres más gitano!... O, mira, te concedo que por esta vez—de una hora cursi nadie nos libra—la buena moza te haya interesado por cualquier circunstancia que, desde luego, no es esa que me has dicho. A mí no me vengas tú con cuentos de privaciones conmovedoras, que en estos momentos ya va uno con el deliberado propósito de saltárselos a la torera. Te ha interesado y basta: Primera tontería. Pero, ahora, y esto es lo más interesante, no vayas a terminar, querido Paco, por caer en la trampa. Ese interés puede muy bien haberlo despertado ella a fuerza de malicia y de—¿no te enfadas?—de "práctica". A saber quién será la prójima y las intenciones que se traerá. Y, mira, te perdonaríamos un momento de inofensivas concesiones sentimentales. Pero lo que no te perdonaríamos nunca es que a estas alturas vinieras a hacer el ganso.

PACO. — *(Un poco impaciente.)* Te he dicho que de mí puedes pensar lo que quieras. ¡De mí!...

PEPITO.—¿Y de ella no? ¡Oh, la catástrofe!

PACO. — ¿Qué dices? *(Casi violento.)*

PEPITO.—Ah, ¿pero es que te enfadas de verdad? Nunca creí que lo tomaras por ese camino...

PACO. — ¡Por el que me parece más a propósito, para terminar de una vez!

PEPITO.—Pues, hijo, no es para tanto. Es más, debías agradecerlo. Todo esto es hijo de la amistad, de la confianza, del cariño, en una palabra.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Indudablemente, este chico está desconocido. Pasa de un sentimiento a otro con demasiada rapidez. ¡Oy, qué mal va esto!

PEPITO.—Yo, créame usted, querido Conde, yo no le conozco. Tú no eres Paco, Paco.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Paco, ¿quién eres tú?

PACO. — Lo dicho, dicho está. Y dejemos las bromas para cuando sean más oportunas. No creo que la confianza dé margen para los insultos. *(Pausa.)*

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Me voy a tener que liar a cachetes con los dos.

PEPITO.—Bueno, aquí tocan a irse. Hasta la vista, niño.

PACO. — Hasta ahora.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—*(Cogiendo del brazo a Pepito y acompañándole hasta el zaguán.)* Tú... que has estado un poquito imprudente. El ya le conoces... tan impulsivo, tan exaltado... Claro está... La nena, que es demasiado bonita, y luego el calor. Vaya, vaya, esto no tiene importancia.

PEPITO.—Apabullado voy, amigo mío. Apabullado voy.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Anda con Dios.

PEPITO.—Adiós, don Leopoldo. Apabullado voy.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Anda con Dios, muchacho. *(Vuelve el Conde del zaguán.)* Yo también me voy. Y no sabes el miedo que me llevo a casa. *(Mientras va a la percha, de donde coge el sombrero.)* "¡De mí, de ella no!" ¡Bravo, bravo! Tiene razón Pepito. ¡La catástrofe!

PACO. — Pero, ¿qué dices, hombre?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Desde luego conmigo no riñes. *(Vuelve al lado de Paco y le echa cariñosamente un brazo por el hombro.)* Venga usted acá, mi dulce párvulo. ¡Qué revelación! Empezaste con bromas y terminas por defenderla caballerosamente. Dios haga que me equi-

voque. Sin pegar, ¿eh?. Sin pegar. Paquito de mi alma, por esta vez y con esa chica, como dicen en esta bendita tierra... ¡te has colao, Paquito, te has colao!

TELON

ACTO SEGUNDO

Amplio departamento de planta baja en una casa de campo. Alto zócalo de azulejos. Puerta al fondo y laterales. Gran ventanal a la izquierda, que da al campo. Es la tarde de un caluroso día estival.

(Jesusa está asomada al ventanal. Saluíta quita el polvo de algunos muebles.)

SALUITA.—E un contradió ese ventanita abierta.

JESUSA.—No, Saluíta, e Dio mismamente quien entra por esta ventana, con tos los olores der campo.

SALUITA.—Y con too er porvo de la carretera. La quinta ve que paso el paño por estos muebles. *(Pausa. Contempla sonriendo a Jesusa que no deja de mirar hacia el campo.)* ¡Lo bonita que está una mujé bonita esperando ar novio en la ventana!

JESUSA.—Ya... Ya...

SALUITA.—Conque, y a ponerte nerviosa, que e tu obligasión. A los hombres les gusta que los resiban siempre con aquello de: "¿Estas son horas de vení? Pero, ¿no te da vergüensa? ¡Ah, no, pue lo que es hoy no hablas tú conmigo! Ya pué largarte, y si quiés pelá la pava, vas a pelarla con el gobernaó". ¡Huy, se vuerven locos cuando se les dise estas cosas!

JESUSA.—Tú las has dicho la mar de veses, ¿verdá?

SALUITA.—La mar, y me paresen pocas. ¿Y tú?

JESUSA.—Yo muy pocas, y me paresen muchas.

SALUITA.—Bueno, con mi señorito no hay caso, que a puntuá no hay quien le gane. Vamo a ve... ¿Está dando er soo en la cuarta fila de tejas der palomá? Por la segunda fila va, entrando en la tersera. Totá, las sei menos cuarto. Ante de die minutos lo ves regorviendo la cuesta de los Pinares.

JESUSA.—*(Se retira de la ventana. Sentándose.)* ¡Y tu hermano que tampoco yega!...

SALUITA.—No habrá encontrao a doña Fe.

JESUSA.—Y esa mujé, como me lo ha anunsiao, hasta será capá de presentarse aquí.

SALUITA.—Pue con haserla vorvé por el mismo camino...

JESUSA.—¡Sí que me he lusío con eya!

SALUITA.—Porque tú quieres. No le hagas caso.

JESUSA.—¡Es mucha tía la que me ha tocao en suerte! ¡Figúrate tú cuántas vergüensas no estaría yo dispuesta a sufrí cuando me presenté en casa de Paco, en la propia casa del hombre que de aqueya forma me perseguía y con los intentos que ya podía figurarme!

SALUITA.—*(Casi con orgullo.)* ¡E un charrán mi señorito! ¡Má salao!... Pero no podrás quejarte, que si las intensiones no fueron muy buenas, los resultados no han podío ser mejores. ¿No e verdá? Porque lo has flechao, hija mía. A ve quién e er valiente que le encuentra la chaveta a mi señorito. ¡Lo que se dise perdía pa siempre!

JESUSA.—Pue de too lo que ha ocurrío, pregúntale a mi tía su paresé. Como si la hubieran engañao, como si le hubieran fallao las cuentas que se hiso.

SALUITA.—Pero, ¿qué cuentas pudo haserse?

JESUSA.—Pregúntale a eya.

SALUITA.—*(Al ver a su hermano en la puerta del foro.)* ¡Chiquiyo!

CHANO.—¡Buena piesa! *(Se abrazan y se besan.)*

JESUSA.—¡Oh, Chano! ¡Ya quiso Dió!

CHANO.—*(Dándole la mano.)* Jesusa...
JESUSA.—¡Con las ansias que te estaba aguardando!
CHANO.—No tendré que preguntarte cómo estás. La mar de buena y la mar de guapa.
SALUITA.—¿Pero no viene er señorito esta tarde?
CHANO.—Por er camino me lo he encontrao, pero yo no me he dejao ve.
SALUITA.—*(A Jesusa.)* ¿No te lo dije? ¡¡Las sei menos sinco!! ¡Su hora!
CHANO.—Argo tardará toavía. Lo he visto con don Ramón en la portá de los Armijares. Y cuando don Ramón la ensarta...
JESUSA.—Tú hisiste mi encargo, ¿verdá?
CHANO.—¿No era tuyo? Bueno, y a otra cosa. Tengo que largarme en seguía.
SALUITA.—¿Tan pronto?
CHANO.—No hay má remedio. Y ante de que venga er señorito tengo yo que hablá con Jesusa.
SALUITA.—¿Ah, sí? Pue ante de que me lo diga, ya me las estoy pirando.
CHANO.—*(Sonando los "palillos" con los dedos.)* ¡A juí, que e tarde, Saluíta!
JESUSA.—¡Pero, hombre, por Dio!
SALUITA.—Pue, a juí, que e tarde. *(Sale.)*
JESUSA.—¿Viste a mi tía?
CHANO.—Sí, Jesusa, la vi, y era lo que tú te figurabas.
JESUSA.—¿Ha sío eya quien le ha dicho ar Conde?...
CHANO.—Eya ha sío... Pero eya dise también que no ha hecho má que cumplí con un debé de consiensia. Y e que tu tía Fe, pa no dejar de darnos una sorpresa toos los días, resurta ahora que tié también su consiensia, como ca quisque.
JESUSA.—¡Mala persona!...
CHANO.—Totá, que le ha soplao ar Conde que, digas tú lo que digas, y hagas tú lo que hagas, pa ti no hay más hombre en er mundo... que el otro... que Alejandro...
JESUSA.—¡Mentira! Yo no podré querer a Paco con toa mi arma, como él ha tenío la mala ocurrensia de empesá a quererme a mí. Pero que yo

quiero al otro... No, no... ¡Aqueyo se acabó pa siempre!

CHANO.—¡Qué sé yo!... Las mujeres sois unos bichos muy raros. Pero, güeno, hay argo más, argo más que tu tía le ha dicho también ar señor conde... y que tú no me habías dicho a mí. *(Jesusa baja los ojos.)* Que hase una semana, cuando estuviste en Seviya, acudiste a una sita que te tenía da Alejandro.

JESUSA.—E verdá... Pero fué la sita en ca mi tía, y eya misma la presensió. Y acudí pa desengañarlo de una ve, pa convenserlo de que no tenía que molestarme má, de que perdía er tiempo, de que ya me había hecho sufrí too lo que pue sufrí una mujé por un hombre...

CHANO.—Güeno, pasan cosas en er mundo, como pa darle dos patás ar mundo, y que se acabe er mundo de una ve. Miuste que podían ser ustedes felises mi señorito y tú, si a él no se le hubiera metío en la pelota quererte con toas las de la ley... Pero, ¡miusté qué asaúra! Pero, ven acá, hijo. *(Como si tuviera delante a su imaginario interlocutor.)* Si Jesusa e la mar de guapa, y eya no quie má que sé tu... tu... amiguita, y a ti te sobra telanda pa pagarte er caprichito... ¿quiés desirme tú, mardito sea er pan con manteca, pa qué te vas a vení ahora a enamorarte, y a interesá er lao isquierdo en un negosio que se pué pasá sin él, tan ricamente? ¿Serías tú, mardita sea er jamón salao, er primer señorito que conose a una mujé, le gusta, y se gasta los cuartos con eya, y le pone una casa, y hasta le compra catorse cortijos, y no se le ocurre nunca complicá er cotarro, enamorándose como un lila perdío? ¿Me quiés desí tú a mí, so tonto?... ¡Qué vas a desirme tú, so tío pamplinas! ¡Huy! ¡Te daba así en la jeró!...

JESUSA.—¡Es que e muy grande, muy grande mi suerte!... Cansá de sufrí y repudrirme por curpa de un mal hombre sin entrañas, deshonrá ya

pa siempre, desesperá de too, hago caso a tu señorito en la creensia de que yo no sería pa él más... que eso que has dicho tú... la amiga, la hembra de lujo que se sostiene... por capricho o por vanidá, o por las dos cosas a un tiempo. ¡Pue no, señó!... Hasta en eso me persigue er mal sino... El infelí que se me enamora, y que no se contenta con lo único que pueo ofreserle, y me pone en er compromiso de tené que desirle que yo no mando en mi corasón y que ha equivocao er camino, y que tié que quitarse la venda de los ojos...

CHANO.—De familia le viene. Su padre era tan torbeyino como él. A los treinta años se enamoró de la hija de don Curro — er que fué aperaó de esta finca, presisamente—y contra toa la familia, contra viento y marea, la hiso su esposa má fijo que el reló. Verdá que la chacha lo meresía... ¿No te ha enseñao él ningún retrato de su madre?

JESUSA.—Má de una ve, sí. Y me ha contao toa la historia. *(Pausa.)*

CHANO.—La verdá, Jesusa, en too esto hay argunas cosas que yo no acabo de comprendé.

JESUSA.—Habla.

CHANO.—Hase unos tres meses que conosiste a don Paco.

JESUSA.—Tres meses.

CHANO.—¿En cuánto él y tú?... ¿Tú me entiendes?... ¿Eh?

JESUSA.—No.

CHANO.—Quieo desirte que si en cuanto se pusieron ustedes de acuerdo...—¡de arguna manera hay que yamá las cosas!...—: Que si en cuanto se pusieron ustedes de acuerdo se interesó de verdá, por ti, el arma mía. Vamo, que si le entró así, de sopetón, como una calentura, como un doló de muelas...

JESUSA.—Pa mí que sí. Desde la mismísima tarde en que fuí yo a su casa.

CHANO.—Bueno, y ahora... ¿Por qué hará un par de

semanas te ha separao de doña Fe y te ha traío a esta finca?

JESUSA.—Porque yo le dije que me separara de eya. Figúrate que ya empesaba Alejandro a rondá la casa...

CHANO.—Bueno, pa acabá... La úrtima pregunta. Si desde er primé momento viste a don Paco colaíyo como un chavá, ¿por qué a estas arturas no le has dicho entoavía: "¡Eh, amigo mío, por la otra puerta, que ésta es bodega!"?

JESUSA.—Pue te lo voy a desí. Ar principio, porque yo no le di importansia a la cosa y me figuraba que too era un entusiasmo pasajero, y despues porque yo misma me desía: "Espera... Espera... quisá tú también le tomes cariño a este hombre honrao". Y ya estoy desengañá. No se quiere a la gente por buena. A lo mejó, er má malo se yeva el cariño que con tanta justisia se merese er má bueno. *(Entra Paco.)*

PACO. — *(Desde el foro.)* Buenas tardes. ¿Querrá decirme la buena gente?... Se me ha perdido una novia... ¿La habrán encontrado ustedes por un casual?

CHANO.—¿Qué señas tiene?

PACO. — Bonita ella; la boquita burlona, por ojitos dos puñales...

CHANO.—Argo así tenemos en casa. Pero por si no e la que usté busca... Mire, hermano, ¿le sirve ésta?

PACO. — *(Entrando.)* ¡Pa mí que sirve! ¡Jesusilla!

JESUSA.—Me han chalao a este hombre.

PACO. — ¿Quién te lo ha chalao?

JESUSA.—Vaya usté a sabé.

PACO. — Pues ya fuí a saberlo, y ya estoy de vuelta, y ya sé quién ha sido. *(A Chano.)* Y tú, barbián, ¿qué haces aquí?

JESUSA.—Fuí yo, que le mandé con una rasón a Seviya... Rogarle que me hisiera unos encarguitos.

PACO. — No me habías dicho nada.

JESUSA.—¿Pa qué? ¿Pa disgustarte?

PACO. — ¿A mí?

JESUSA.—Figúrate... Enredos de mi tía.
PACO. — ¡Horror!
CHANO.—Y si no mandan otra cosa... yo me largo.
JESUSA.—Darte las grasias.
CHANO.—Pues ya están daas. Conque, salú.
JESUSA.—Adió, Chano.
PACO. — Hasta luego. *(Después de observarla unos segundos.)* Oye, tú, pero, ¿qué cara es ésa?
JESUSA.—¿Qué tengo?
PACO. — ¿Otro disgusto que te regalan?
JESUSA.—Aquí estoy yo pa no resibirlos.
PACO. — ¿Qué te ha contado Chano?
JESUSA.—Na, lo de siempre. Que no quié dejarme viví esa mujé ni a sien leguas de distansia.
PACO. — Sí que es un poco molesta la buena señora.
JESUSA.—No me hable. Y esto de haberla dejao sola y volá de su lao, esta separasión tan repentina, este despresio, vamo, como eya dise, no te figures tú, que no me lo perdona en la vía.
PACO. — Pero si es incompresible esta nueva actitud que ha adoptado. ¡Lo que soñó la vieja con que tú y yo nos dejáramos querer el uno del otro!... La prisa que nos hemos dado los dos en complacerla... Y ahora, ya lo ves, es ella misma quien nos resulta el primer enemigo.
JESUSA.—Tié su esplicasión. Es que... ya sabes tú que la pobresita se propuso siempre se la vergüensa de la familia.
PACO. — Y tuvo un éxito. La verdad en su sitio.
JESUSA.—Pue cuando me yevó a tu vera, y con las mejores intensiones der mundo, también hay que reconoserlo...
PACO. — Reconocido.
JESUSA.—Se pensó eya que a mi lao también disfrutaría sus miajas. Las nochesitas de ensierro, er coche, las coplitas y las copitas, las sinco de la mañana—muy buena hora de acostarse las personas desentes—, en fin, pa qué voy a desirte, toos los gustos y toos los horrores que ese demonio de mujé yeva tan dentro, en la masa e la sangre. ¡Es un regalito!

PACO. — Pobrecita mía.

JESUSA.—Luego ha visto que no, que tú no necesitas rodeá tu cariño de tantos requilorios, y se ha llamao a engaño, y se ha desbocao, y nos va a da una mijita que hasé.

PACO. — Pues no se saldrá con la suya. Nosotros a ser felices, y al que le pese que se muera. *(Pausa.)*

JESUSA.—Es que... yo no sé... Quisá, en er fondc, yeve eya rasón... Después de too, ¿pa qué me he venío aquí, a recluirme en er campo? No es que me pese esta soledá. Pero en Seviya, ¿sabes tú?... Seviya es otra cosa... Ayí se divierte una... Y hay, también, que divertirse un poco... Luego... pasa la juventú, y se acabó too... *(Tras un violento esfuerzo.)* En fin..., güeno, Paco, que me he equivocao... Perdóname... ¡Yo quiero vorverme a Seviya! ¡Yo quiero disfrutá un poco! ¡Yo pa esta vía no he nasío, con toa franquesa!

PACO. — *(Aturdido, asombrado.)* ¿Qué estás diciendo? Pero... ¿es que te burlas? Vamos, yo no sé... Yo estoy hecho un lío. ¿A quién se le ocurrió que debías separarte de tu tía y venirte, de momento, aquí, al campo?

JESUSA.—A mí. Ya lo sé. Por eso te pido perdón, y te digo que me he equivocao.

PACO. — ¿Y vas a volver a casa de tu tía?

JESUSA.—No; eso ni soñarlo. A cuarquier parte. Si no se encuentra una casa en seguía, a un piso amueblao, a una habitasión, adonde sea, me da lo mismo.

PACO. — Está bien. *(Pausa.)*

JESUSA.—¿Lo ve? Te has disgustao, naturarmente.

PACO. — No; disgustado, no. Lo que pasa es que... Lo que te dije antes... ¡Que no te comprendo, vaya! Que necesitas divertirte, que te aburres, que tú no has nacido para esta vida... ¡Vamos, que no, que no te comprendo por más esfuerzos que hago!... Y hoy, precisamente, hoy que venía yo más contento que unas Pascuas, a decirte una cosa que se me ha ocurrido... Algo muy serio...

y muy grande, algo que acabaría de una vez con esta situación... Mira, Jesusa, quiero olvidar lo que acabas de decirme, y quiero creer que todo ha sido un mal momento, una mala idea... En fin, que no hay que pensar más en eso. ¿Sabes tú por qué venía — y vengo — tan contento esta tarde? Pues porque me he decidido a hacer una locura... Es decir, los otros, mis parientes, mis amigos, son los que pensarán que es una locura. Si a mí me pareciera que lo es, no lo haría, figúrate tú...

JESUSA.—¿Qué ocurrensia has tenío?

PACO. — Pues nada menos que dar un escándalo, como el que dió mi padre cuando se casó con mi madre, con la María Luz, la hija del aperador de este cortijo.

JESUSA.—*(Bruscamente, casi sin dejarle acabar.)* ¡Jesú! ¡Paco, por lo que más quiera!... ¡Tú estás loco! ¡Tú no sabes lo que dises!

PACO. — *(Sonriendo. Muy tranquilo.)* Espera, mujer; escúchame antes. El escándalo se dará con toda clase de precauciones. Un buen día, en cuanto nos dé la gana, cogemos cuatro baúles y nos vamos por ahí... a ver mundo. ¡Pues poquitas ganas que tengo yo de ver mundo! Porque en resumidas cuentas, con todo mi dinero y todo mi señorío, como dice la gente, yo no soy mucho más que un señorito paleto que está por creer que el mundo se acaba al final de la calle de las Sierpes. Bueno, nos largamos de aquí. Yo, que chanelo unas miajas de francés... *Garçon, deux cafés au lait.* ¡Olé! ¿Eh? ¿Cómo suena eso? Total, que con mi francés y una guía para andar solos por el mundo, nos ponemos a trotar por ahí hasta que nos cansemos, y el día que estemos de más buen humor, en España, en Grecia, en Roma o en Antofagasta, cogemos a un cura y le decimos: "Venga usté pa acá. Aquí tiene usté a dos esaboríos pa que los suelde con soldadura autógena." *(A Jesusa, que, desde que empezó él a explicarle su plan, no*

ha dejado de hacer gestos negativos.) ¿Que no? Tú lo vas a ver. En fin, lo más cierto de todo es que cuando volvamos a Sevilla, a todo el que quiera preguntarnos le contestaremos informándole de nuestro efectuado enlace. Y nada más. ¡Y el cielo por testigo!

JESUSA.—*(Haciendo un esfuerzo por sonreír.)* Bueno, tié que reírse una... Claro, que too eso no es má que una broma.

PACO. — ¡Eso es más verdad que el sol que nos alumbra!

JESUSA.—¡Vamo, vamo, vamo!... ¡Pue sí que estaría bien!...

PACO. — No va a estar bien. Va a estar riquísimo.

JESUSA.—Con las muchachas bonitas que habrá por ahí esperando que tú les diga que a casarse tocan.

PACO. — Pues van a tener que esperar sentadas.

JESUSA.—*(Ya un poco excitada, nerviosa.)* Bueno, hombre, acaba de una ve de hablá en serio. Cásate, si ése e tu gusto... *(Reaccionando. Mimosa, lagotera.)* Pero con la mujé que tú te mereses, con una mujé como Dio manda. Yo..., yo no pueo salí de mi papé, yo ya perdí la ocasión. Por mi vía, lo sabes tú, ya pasó otro hombre...

PACO. — Ya lo sé, sí. No me lo recuerdes.

JESUSA.—Es que no debes olvidarlo. Y por lo mismo que pasó otro hombre, yo ya pa ti no pueo ser más... que la amante, la mujé que gusta porque disen que es guapa, y porque se divierte uno a su vera, y porque con eya no hay compromiso, y, cuando ya no gusta, se planta por otra, y si te vi no me acuerdo.

PACO. — Pero, hija, ¿qué mal bicho te ha picado hoy? Digo, hoy no, porque ya hace algún tiempo que estás así... Ni que te pesara el cariño que te tengo.

JESUSA.—*(Yendo hacia él y acariciándole.)* No te enfades... y no me hables de cariño... ¿Pa qué vamos a enredar las cosas? Tú no me quieres... ¡No, no!... Cariño grande, grande, de verdá, tú no pues tenerme. No se pué querer de ese mo-

do a una mujé como yo. Ni debe ser tampoco. El cariño serio de un hombre como tú debe ser pa las mujeres honrás. Sería injusto de otra manera. Y pa nosotras... el otro cariño..., que ni cariño es... El capricho, el capricho que se paga... La mujé como yo, que gusta, que excita, que besa, como no besa la esposa, como no debe besar la esposa. Así... No sé cómo... ¡Como yo sé besarte, alma mía! *(Se besan.)*

PACO. — *(Entregado.)* ¡Jesusa! ¡Jesusa! ¡Me vences, me dominas en todo! Pero te quiero, te quiero como yo no soñé en la vida que pudiera quererse. Y te quiero con todos los cariños. Mi amante, sí, mi amante, pero también mi esposa, mi compañera, dueña de mis sentidos, como dueña de mi alma.

JESUSA.—*(Desprendiéndose de sus brazos.)* ¡No, no digas eso! ¡No quiero oírte! ¡No puede ser! ¡No quiero que sea!

PACO. — Pero ¿por qué? ¿Es que tú no sabrías quererme de ese modo?

JESUSA.—¿Eh? ¿Que si yo no sabría?...

PACO. — ¡Jesusa, no me martirices! ¡No juegues conmigo! ¡Tú sabes que me has embrujado, que no sabría vivir sin tí, que si tu cariño me faltara, yo sería capaz de todas las locuras imaginables!

JESUSA.—*(Retrocediendo asustada.)* ¡No, no me hables así!... Si yo no juego contigo, si no es que goce con atormentarte, si yo... también te quiero. Si tú lo mereses, si un hombre tan bueno como tú *(Gritando, recalcando la frase, como tratando de convencerse a sí misma.)* se merese toos los amores der mundo. *(Deshecha en llanto.)* Si es que... yo no sé lo que me pasa. ¡Si es que estoy loca... y yoro sin saber por qué yoro, quisá de alegría, de agradesimiento!... *(Volviendo otra vez a su lado.)* ¡Paco! ¡Abrásame! ¡Estréchame contra tí! ¡Protégeme, que una mujé necesita estar siempre protegía por un hombre honrao!

PACO. — *(Abrazándola.)* ¡Alma de mi alma!

JESUSA.—¡Así, más fuerte!... ¡Quiero sentirme muy pequeña entre tus brasos! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte! *(Quedan un momento estrechamente abrazados. Pausa.)*

PACO. — Vaya, vaya... Decididamente, tenemos que ponernos en cura. ¿A qué vienen estas escenas, estas exaltaciones?... Aunque a mí me parece que a todos los que se quieren de veras les debe ocurrir lo mismo. Aparte de que tú hoy estás un poquitín nerviosa... Ese recado de tu tía...

JESUSA.—No sé..., acaso eya tenga mucha curpa... Y, después, lo que tú has dicho... Nervios... Nervios. Que a las mujeres no hay quien nos entienda... *(Sonriendo.)* ¡Que somos una calamidá, chiquiyo! *(Suenan las campanillas de un coche.)*

PACO. — ¿Has oído? Ha parado un coche.

JESUSA.—¿Esperabas a arguien?

PACO. — Nunca se me ocurriría citar aquí a nadie. *(Desde la ventana.)* ¡Calla, si es mi tío y Pepito Gil! ¡Ay, qué pelmas!

JESUSA.—¡Es er conde! Mira, Paco, discúrpame. Yo me voy.

PACO. — ¿Por qué?

JESUSA.—Tendrán que hablá contigo... Argo de interés tendrán que desirte cuando te buscan hasta aquí.

PACO. — ¿A mí, que no quiero saber nada? Pues, precisamente, no me dejes solo, y me evitas el tormento de escucharlos. Ahí vienen...

(Aparece el Conde, con Pepito, en el foro.)

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Ah de la casa! ¿Hay albergue para dos peregrinos extraviados?

PACO. — ¿Qué peregrinación es la vuestra?

PEPITO.—Un florido templo de amor es el término de nuestro viaje.

PACO. — ¿Y si estuvierais en él?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Seríamos bien recibidos?

PACO. — Vedlo. Adelante.
CONDE DE LOS ALCAZARES.—*(Avanzando.)* ¡Dios te salve, Jesusa! *(Saludos.)*
JESUSA.—¿Qué tal, don Leopoldo?
CONDE DE LOS ALCAZARES.—Mejor de lo que me merezco.
JESUSA.—¡Pepito!
PEPITO.—¡Salud!
PACO. — Qué valentía, ¿eh? ¡Con este sol! ¿No "se" habéis disuelto un poco por el camino?
CONDE DE LOS ALCAZARES.—Anda, confiésalo. Tú habrías preferido que no hubiéramos llegado.
PACO. — ¡Quién sabe!...
CONDE DE LOS ALCAZARES.—Pues fastídiate. ¡Qué quieres! Ya sé que en ciertos negocios no se puede pedir participación, y que de esta rifa has comprado todas las papeletas... Pero, hijo mío, si me gusta tanto la muñeca del premio, déjame, por lo menos, asistir a la tómbola.
JESUSA.—Pero, ¿con qué ilusión, si sabe usté que él se ha quedao con toos los números?
PEPITO.—Es que don Leopoldo trae intención de hacer fullerías.
CONDE DE LOS ALCAZARES.—Perfectamente. Confieso mis malas intenciones. Pero, ¿y tú? ¿Por qué has venido tú?
PEPITO.—¡Toma! Por lo que voy a todas partes. Porque en algún sitio tengo que estar. Porque es necesario que yo no deje de hacer siempre lo mismo: nada. Porque mi cuerpo, fatalmente, inexorablemente, tiene que ocupar un lugar en el espacio. ¡Es horrible! ¡Ustedes no saben qué tragedia es la mía!
CONDE DE LOS ALCAZARES.—Sí, es una razón para que te echen de todas partes.
PEPITO.—¿Y qué conseguirían? Tendrían que echarme al mismo tiempo de dos lugares distintos para que yo dejara, un segundo, de molestar a alguien sobre la tierra. Es mi misión: o *molestare* o *morire*.
JESUSA.—Bueno. Ustedes tendrán que hablar...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Nada serio.

JESUSA.—Yo, también, tengo que dar unos encargos al recadero, que se va ahora a Seviya.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Si es así...

JESUSA.—Hasta ahora mismo. *(Vase por el foro.)*

PACO. — Ustedes dirán.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Sobrino desleal, amigo pérfido, ¿por qué nos huyes? ¿Por qué nos esquivas? ¿Por qué nos escamoteas? Es terrible esto de que, para verte, tengamos que venir hasta aquí, exponiéndonos a una insolación. ¡Di que no nos huyes! ¡Di que no nos evitas!

PACO. — Os huyo, sí, la verdad. ¿Y qué?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Y por qué nos huyes?

PACO. — Porque no quiero oír vuestras majaderías. Porque sois unos pelmazos.

PEPITO.—¡Ya escampa!

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Te parece una majadería que te aconsejemos, que te digamos que estás en las nubes?

PACO. — Claro, que me lo parece.

CONDE DE LOS ANCAZARES.—Vamos a ver. ¿Jesusa, qué es para tí? ¿Tu novia o tu querida?

PACO. — Las dos cosas.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Párvulo!

PACO. — Bueno, y basta ya. Hago lo que se me antoja, y a nadie tengo que dar cuenta de mis actos.

PEPITO.—Mira, Paquito, es que tú no tienes en cuenta la verdad inconcusa de que quien bien te quiera, te será molesto por toda una vida. Es el lema de todas las personas desagradables.

PACO. — Pues si no tenéis otra cosa que decirme...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Si es que contigo no hay forma de entendérselas. Aquí el peligro no está en que tengas una señora con quien te gastes los cuartos. Aquí lo tremendo es que a un accidente sin importancia quieras darle una transcendencia absurda. Te falta el sentido de la medida. Por eso complicas todas las cosas.

PACO. — ¿Entonces, para acabar, lo que no se me per-

dona es la ocurrencia de que quiera a una mujer con toda mi alma?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No, Paco, no... Ahora en serio. No lamento que te hayas enamorado por el hecho de haberte enamorado, ni porque Jesusa no sea una mujer de tu clase, tu padre hizo lo mismo, ni siquiera porque se trata de una mujer que tiene un pasado. Lamento lo que ocurre, porque es muy fácil que Jesusa... no sepa... o no pueda corresponder a un amor como el tuyo.

PACO. — ¿Por qué?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Quién sabe!...

PACO. — ¿Vas a denunciarme una traición, un engaño?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No. En todo caso, una vacilación, una incertidumbre...

PACO. — ¿Qué dices?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—*(Que oye pasos. Después de asomarse a la puerta del foro.)* Ahí viene Jesusa.

JESUSA.—*(Al verlos a todos de pie.)* ¿Dónde van ustedes?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—A cualquier parte. A que nos dé el aire un poco. Se ha cargado bastante la atmósfera.

JESUSA.—*(A Paco.)* ¿Qué te pasa?

PACO. — Nada... Las palabras, que se enredan...

JESUSA.—¿Han discutido ustedes?

PACO. — No. Ya hablaremos.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Dejadme un segundo con Jesusa.

PACO. — Muy bien. Pepito, ven conmigo.

PEPITO.—A tus órdenes. *(Salen Paco y Pepito por el foro.)*

(Jesusa está en primer término. Cuando salen Paco y Pepito, el Conde se halla cerca de la puerta del foro. Al quedar solos, se queda contemplando a Jesusa unos instantes.)

CONDE DE LOS ALCAZARES.—*(Sonriendo forzadamente.)* Jesusa, hija mía, los viejos abrigamos la falsa creencia de que esa frase de "te quie-

ro con toda mi alma", fuimos nosotros los últimos que la pronunciamos. Y yo acabo de convencerme de que no es así... Ahí tienes a mi sobrino. Te quiere..., te quiere con toda su alma.

JESUSA.—¿Me lo recuerda usté como un reproche?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No; te lo recuerdo, solamente, para que no olvides que es una infamia seguir adelante.

JESUSA.—¿Quién le ha enterao a usté de que es una infamia?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Qué importa quién haya sido?

JESUSA.—¿Mi tía Fe, verdá, que no quié hacerse encubridora de un engaño como el mío?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Bien. Pongamos que ha sido ella. Tampoco di palabra de guardar el secreto. Pero no nos perdamos ahora en un laberinto de reproches inútiles. Hay una verdad que poner a la luz del día. Esa verdad es tuya. Para que nadie pueda falsearla, procura ser tú la primera en descubrirla.

JESUSA.—Pero... ¿qué le han dicho? ¿Qué es lo que se figura usté que debo poné a la lu der día?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Que, porque quieres a otro, no puedes corresponder lealmente al amor de mi sobrino.

JESUSA.—No... A Paco, lo confieso, no lo querré como yo quisiera; porque aquí *(Señalando al corazón.)* no se manda. Pero al otro tampoco. ¡Le odio, le odio con toas las veras de mi arma!

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No quieras engañarte a ti misma. Sólo cuando se quiere a un hombre, se sufre como tú has sufrido por Alejandro. Además, ¿por qué te has entrevistado con él hace unos días? Sí, ya sé. Para desengañarlo para siempre, para convencerle de que todo ha concluído. ¡Bah! Palabras. Historias. Has ido, quizá sin tú saberlo, por el placer... o el tormento... de verle y hablarle. El no podía creer en tus afirmaciones de que todo había terminado

entre ustedes, porque el solo hecho de que tú acudieras a su llamamiento, significaba ya una confesión de tu debilidad, de tu flaqueza...

JESUSA.—Pero, ¿por qué se figura usté que no le he quitao aún a Paco la venda de los ojos? ¿Por miras de conveniensias? ¿Por el solo plaser de haser daño?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No, por incertidumbre, por falta de decisión...

JESUSA.—No sabe usté las veses que me he dicho: "De ahora no pasa". Sin ir má lejos... Hase unos minutos... Ante de que yegaran ustedes... Me hablaba de su cariño, de que le asustaba pensá en lo que él sería capá de hasé si er mío le fartara... Y oír yo esto y horrorisarme der daño que iba a causá a un corasón tan bueno, fué uno y lo mismo. Y entonse, en lugá de desirle lo que había de desirle, me fuí pa él, y me refugié en sus brasos, y le supliqué que me apretara muy fuerte, muy fuerte, con la esperansa de convenserme entre eyos de que a un hombre como él, si no se le quiere de voluntá, hay que quererlo a la fuersa.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Si yo te comprendo. Pero comprende tú también que hay que atajar el mal cuanto antes. Yo te he facilitado el camino...

JESUSA.—¿Acaba usté de desirle?...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Nada en concreto. Ese papel es el tuyo. No he hecho más que prevenirle... Y ya me pesa el haber ido, quizás, demasiado lejos. No olvides mis palabras, Jesusa. Hasta ahora. *(Sale por el foro.)*

JESUSA.—¡Condenasión de mi vía!... *(Se sienta en cualquier parte, la cabeza entre las manos. Pausa.)* *(Entra Doña Fe por el foro.)*

DOÑA FE.—Buenas tardes.

JESUSA.—*(Levantándose de un salto.)* ¡Eh! ¡Doña Fe!

DOÑA FE.—Doña Fe, sí, señorita. No hay que asustarse.

JESUSA.—¿Pa qué me busca usté? ¿Qué quiere usté aquí?

DOÑA FE.—Pero, ¿por qué me interrogas en ese tono de asombro? ¿Tanto te extraña mi visita?

JESUSA.—¿Cómo ha podido usté atreverse?...

DOÑA FE.—¿Y por qué no? ¿Hemos reñido, acaso? Yo contigo, no, por lo menos. A ti te pareció bien venirte a esta finca con don Paco, y a mí me pareció inútil oponerme. ¿Qué derecho iba a invocar para impedírtelo?

JESUSA.—¡Hable usté! ¿Qué quiere usté?

DOÑA FE.—Algo tengo que desirte, sí... Dos palabras. Con tu permiso... *(Se sienta.)* En primer lugar, yo creo que no hay razón para tirarnos los trastos a la cabeza. Mucho nos hemos querido siempre... ¿Por qué ahora nos íbamos a odiar otro tanto? Escucha, hijita: ¿tú no crees llegada la hora de terminar esta aventura? *(Jesusa no contesta. No deja de mirarla fijamente.)* ¿Tú no crees llegada la hora de terminar esta aventura?, te repito.

JESUSA.—¡Oh, pero si esto es increíble! Yo no quiero pensá lo que me está usté obligando a pensá..., aunque no quiera. ¿Por qué se nos ha puesto usté frente a frente? ¿Por qué me llevó usté junto a Paco, pa, aluego, querer separarnos por todos los medios? ¿No buscaba usté un bienestá pa mí y un bienestá pa su vejé?

DOÑA FE.—¡Insultante!

JESUSA.—No hago más que repetí sus palabras. Cuarenta y sinco mir veses se lo he oído desí. Pue si ya está conseguío cuanto se propuso usté, si ya hemos dao con quien nos ha sarvao de tantas miserias, y aun se ha dignao ofrecerme un poco de cariño..., doña Fe, doña Fe de mis curpas, ¿de qué ha tenío usté que arrepentirse?

DOÑA FE.—¿De qué me arrepiento? De todo lo ocurrido, y, precisamente, por eso que has dicho: por haberse dignado ese hombre ofrecerte un poco de cariño. Reconoce que tú no estás en situación de aceptar ofertas de ese género.

JESUSA.—¡No, no! ¡No quiera usté ahora enredá el asunto, que yo la conosco demasiao! ¡Usté no

se nos pone frente a frente porque crea honradamente que yo no estoy en situasión de aseptar ofresimientos de esa clase! Usté no pué sentí, no ha sentío nunca, esos deberes de consiensia. A otros, a los que bien le quieren, a su tío, ar mismo Chano, a ésos sí les importa que esta farsa situasión no siga adelante. Usté lo único que hase es aprovecharse, ¿se entera usté?, aprovecharse de esta misma farsa situasión. Sí, de estas sircunstansias insostenibles, pa satisfasé sus malos instintos. Lo que usté no perdona a Paco es que sea un hombre honrao. ¡Lo que usté no le perdona es la vía desente que me hase yevá! ¡Lo que usté no le perdona es que conmigo no quiera ni juergas ni escándalos! Y no se lo perdona usté, porque pa usté la desvergüensa, la juerga y el escándalo son tan indispensables como el aire pa respirá. ¡No me venga usté ahora con esa comedia de deberes que cumplí, porque es la única burla que no le tolero, doña Fe!

DOÑA FE.—*(Conteniendo su rencor y su ira.)* Jesusa... no abuses tú tampoco de mi situación en esta casa... No vuelvas a insultarme de ese modo... porque yo no sé..., yo no sé... Contéstame sólo a esta pregunta: ¿volverás conmigo a Seviya?

JESUSA.—Antes me mato.

DOÑA FE.—No..., no... Tú serás razonable... Tú no querrás agotar mi paciencia.

JESUSA.—Le digo que ni arrastrá vuervo con usté a Seviya.

DOÑA FE.—*(Levantándose.)* ¡Que no!... ¡Que no, Jesusa! ¡Que no puede ser!... Yo tampoco te niego que soy... como soy, como el demonio quiso que fuese...; y no voy a corregirme a última hora. Yo te necesito a mi lado en Sevilla. Yo no renuncio, yo no sé renunciar... O, en último caso, venderé muy caro mi renunciamiento.

JESUSA.—Pero, ¡qué horror! ¡Qué vergüensa! ¡Es horrible pensarlo! ¡No quiere separarse de mi, porque espera que, a mi lao, puedan seguí los

horrores de su vía de siempre! Es su mala condisión la que no renunsia. Por eso nos declara usté la guerra. ¡Por eso está usté ahí temblando de despecho y de ira! ¡Por eso, na má, quié usté arrancarme del hombre que bien me quiere! Por eso se ha jugao usté ya la úrtima carta: desir ar conde, desir a toos...

DOÑA FE.—No lo niego. He sido yo, y repito que he cumplido un deber de conciencia.

JESUSA.—Y ahora vaya usté también a Paco... Corra usté... ¡Vaya también a desírselo!... ¡Si otro favó má grande no podrá haserme en la vía!

DOÑA FE.—Tienes engañado a ese hombre. No le quieres. ¡Quieres al otro! ¡Al otro, sí! ¡Contra tu voluntad, contra todas las razones del mundo!

JESUSA.—No. ¡No quiero oírlo! ¡Mentira! ¡Mentira!

DOÑA FE.—Sí, aunque no quieras. Y, sábelo de una vez, para eso he venido. Para descubrir a don Paco el engaño en que vive. Lo que estás haciendo no tiene disculpa posible.

JESUSA.—¡Oh, ya es demasiao! ¡No pueo más! ¡Sarga usté de aquí! ¡No quiero verla! ¡No quiero verla!

DOÑA FE.—*(Un poco asustada ante la actitud de Jesusa.)* ¡Jesusa! ¡Muchacha! ¡Qué escándalo! Pueden venir...

JESUSA.—¡Váyase, o no respondo de hacer una locura! ¡Fuera! ¡Fuera! *(Dejándose caer llorando en una silla.)* ¡Ay, madre mía! ¡Madre mía!... *(Pausa.)*

DOÑA FE.—*(Va a la puerta del foro, temerosa de los gritos de Jesusa.)* ¡Qué vergüenza si acudiera alguien! Nada, hay que convencerse de que no se puede hablar contigo. Yo... también... contra mi voluntad, me he exaltado más de la cuenta... Perdóname... *(Pausa.)* Jesusa... la verdad... el principal objeto de mi visita... comprenderás que no es el que acabo de decirte... en un momento de rabia... Nos hemos enredado en una cosa y otra...

JESUSA.—Si va usté a hablarme de Alejandro, tenga usté por sabío que ya me lo ha dicho too.

DOÑA FE.—El ha sido muchas veces injusto contigo. Lo reconozco. Ahora... eres tú ingrata con él.

JESUSA.—¿Por qué? ¿Porque estoy cansá de sufrí? ¿Porque estoy cansá de que me engañe?

DOÑA FE.—Todos los hombres engañan, y, sin embargo, no quieren más que a una. Y él no quiere a nadie más que a ti.

JESUSA.—*(Sarcástica.)* Mucho... con toa su arma.

DOÑA FE.—Además, hay que tener en cuenta la vida que hace, la vida que le obliga a hacer su profesión... Tú no sabes lo que es una casa de juego... Un *croupier* no puede sustraerse a ciertos compromisos... Y, sobre todo, que yo te aseguro que hoy es otro hombre. No puedes imaginarte cómo me ruega, cómo me suplica que trate de convencerte... Dice que está vencido, que reconoce, que confiesa que no puede vivir sin ti. Ahora, por cierto, ha hecho un gran negocio... no sé fijamente de qué... Creo que ha vendido unas alhajas que le habían dejado en prenda y que no pudieron ser rescatadas a su vencimiento...

JESUSA.—*(Levantándose.)* ¡No, no! ¡No siga! ¡No siga! ¡Son recuerdos terribles! Su ofisio, sus negosios... esos negosios suyos que no acababa yo nunca de comprender... Y su mal humor... y hasta sus arrebatos cuando yo insistía en sabé cómo, de pronto, podía llegá a sus manos tanto dinero... ¡No, no, doña Fe! ¡Que no sigo escuchándola!

DOÑA FE.—*(Impasible en su insistencia.)* Hace unos días nos dió un susto... Lo llevaron a la fonda en una camilla... El accidente pudo ser gravísimo...

JESUSA.—No trate usté de interesarme, porque no lo consigue... Me da lo mismo. ¿Una riña? ¿Un botellaso? ¿Un tiro? ¡Lo que ér se merese!

DOÑA FE.—No, nada de eso. Un accidente de automó-

vil... Se despeñaron por una zanja, por la carretera de Carmona...

JESUSA.—*(Sin poder contenerse.)* ¡Ah! ¿Usté lo ve? ¡Iría de juerga, y borracho, y con mujeres!... ¿Ve usté cómo no tiene enmienda ese hombre? ¿Con quiénes iba? ¡Dígamelo!

DOÑA FE.—No sé.

JESUSA.—Sí, sí lo sabe usté. ¿A que iba con la "Rubia de Cádi", con esa mardita mujé, que ha sío siempre la primera curpable de toos nuestros disgustos? ¿Y no se mataron los dos? ¡Qué lástima, hombre! ¿Por qué no acabarían ayí pa siempre?... Bueno, doña Fe, esto se ha arrematao. Pué usté vorverse a Seviya y desirle a ese granuja que está más lejos de mi corasón que yo del sielo.

DOÑA FE.—Jesusa... por última vez: ¿No volverás jamás a su lado ni al mío?

JESUSA.—Creo que ya lo he dicho unas cuantas veses.

DOÑA FE.—Está bien. Yo me encargaré de abrirle los ojos a este lila de don Paco.

JESUSA.—*(Como un rayo. Echando mano a una silla.)* ¿Eh? ¡Eso sí que no! ¡Por la gloria de mi madre que no! ¡Como vuelva usté a desí una palabra de burla contra Paco, le hago porvo esta siya en la cabesa! *(Entra Paco por el foro. Se queda sorprendido al ver allí a doña Fe y ante la actitud de Jesusa.)*

PACO.—¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

DOÑA FE.—Perdone usted, don Paco... Estábamos tratando un asunto un poco difícil... Jesusa es tan fuguilla... Se arrebata por la menor cosa...

PACO.—*(Se acerca a Jesusa.)* ¿Qué te pasa? *(Jesusa no contesta.)* Contesta, mujer, ¿qué ha pasado? *(Vuélvese a doña Fe.)* Es muy lamentable, señora, que no vea usted a Jesusa una sola vez que no sea para disgustarla.

DOÑA FE.—No tiene usted derecho a hablarme en ese tono... Yo soy la primera en lamentar lo ocurrido... Ha sido Jesusa, que no ha querido comprender...

PACO. — ¿Qué es lo que no ha querido comprender?
DOÑA FE.—La necesidad de dar un final a ciertas situaciones equívocas y muy peligrosas para todos...
PACO. — ¿Y muy peligrosas para todos?...
DOÑA FE.—Vaya... No tengo por qué someterme a un interrogatorio semejante. No merezco la afrenta de aparecer como culpable de una situación tan violenta... Esas lágrimas de Jesusa... Esa actitud de usted...
PACO. — ¿Será usted ahora la ofendida?
DOÑA FE.—Le aseguro, don Paco, que no estoy dispuesta a tolerar que se me juzgue tan injustamente. He venido a cumplir un deber: el de recordar a otros sus deberes. Y no es usted, precisamente, el menos llamado a estarme por ello agradecido...
JESUSA.—*(Al oír las últimas palabras de doña Fe, alza la cabeza y se la queda mirando fijamente. Pausa.)* ¡Pero!... ¡Oh, Dios mío!... ¿Sería usté capaz?...
DOÑA FE.—No tengo nada que reprocharme. Esto ha sido una verdadera provocación. No soy yo quien he lanzado mis palabras... Son ustedes quienes me las han arrancado a la fuerza.
JESUSA.—*(Entre dientes. Conteniendo su rabia.)* ¡Está bien! *(Resuelta.)* ¡Despué de too... debo de agradesérselo! ¿No tenía usté que hablarle? ¡Pues aproveche el momento!... ¡No soñaría encontrar una ocasión como ésta! *(Sale por la derecha.)*
PACO. — *(Tratando de quitar importancia al momento.)* Ya estamos solos. Ahora no podrá negar que, por lo menos, esta terrible escena a solas—¡un horror!—es usted quien la ha provocado. Usted... que hablaba antes de provocaciones...
DOÑA FE.—¿Yo?... No he tenido intención... Se lo aseguro... ¡Pero esta muchacha es un torbellino!...
PACO. — Aproveche usted la ocasión, como decía Jesusa... Aunque le confieso que me fastidian un

poco las escenas de confidencias sensacionales. Cuando usted quiera... Conque... Veamos...

DOÑA FE.—¡Ah, no, no, don Paco! ¡Yo no he dicho nada! Yo necesito hablar por última vez con esa criatura... O le escribiré desde Sevilla. Yo tengo el concepto de mis responsabilidades.

PACO. — Vaya... ¿Ahora no se decide usted?

DOÑA FE.—¡Don Paco, que yo no he dicho nada! ¡Don Paco, que usted no ha oído nada! ¡Don Paco, que usted no sabe nada! ¡Abur, don Paco! ¡Don Paco, abur! *(Sale, magnífica, por el foro.)* *(Entra Pepito por el foro, del brazo del Conde.)*

PEPITO.—Paquito, nos largamos. Al señor conde, viendo tantas mujeres guapas en la portaleda, se le hacen los dientes agua.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—He visto salir a doña Fe. Iba como un tomate. No sabía que hubiera venido.

PACO. — Ni yo tampoco.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Te ha dado otro disgusto?

PACO. — No sé... Ahora veremos.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—*(Bromeando.)* La verdad es que te estamos matando entre todos. Pero lo más triste es que tenga uno que coincidir con Fe en esta dulce tarea de asesinarte.

PEPITO.—*(Al observar la seriedad de Paco.)* Don Leopoldo, a Sevilla, que estorbamos. Lo masco en la atmósfera.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Adiós, nene. Me has hecho pasar una tardecita inolvidable. Te aseguro que el papel de... insinuador no se había escrito para mí. Hasta cuando quieras.

PEPITO.—Que te veamos pronto, charrán.

PACO. — Adiós. *(Salen por el foro el Conde y Pepito Gil.)* *(Profundamente ensimismado.)* Pero... ¡si no es posible! ¡Si no es posible! Y, además, ¿por qué había de ser? ¿Quién la obligaba? *(Se va resueltamente a la puerta de la derecha.)* ¡Jesusa! ¡Jesusa! *(Entra Jesusa. La interroga trémulo, rotas de coraje las líneas del rostro.)* Mi

tío, al parecer, ha venido exclusivamente a hacerme ciertas insinuaciones... que, si he de seguir creyendo en ti... yo no puedo aceptar en manera alguna. Después, hace un momento, tu tía Fe me dió a entender lo mismo. Ni el uno ni la otra han querido explicarme con toda claridad el sentido de sus medias palabras. Para eso te llamo. Tú querrás decirme... Tú querrás explicarme... *(Jesusa no contesta.)* De ella, bien sé, bien sabes tú, todas las infamias que cabe esperar. Pero mi tío, aunque equivocado, sólo puede hablarme con buena intención. De cualquier manera... para terminar de una vez, te lo repito, tú querrás decirme... *(Pausa.)* ¿Qué te pasa? ¿Por qué no contestas? *(Acercándose a Jesusa.)* Pero ¿qué? ¿Estás llorando? Si nada temes, ¿por qué lloras? Mira... ven... ven... Mírame a los ojos... francamente, lealmente. *(Jesusa trata de sustraerse a sus miradas.)* ¡No! ¡No! ¡Así, no! ¿No quieres mirarme? ¿No puedes mirarme?

JESUSA.—¡Oh! ¡Déjame! ¡Déjame!...

PACO. — ¡Levanta, levanta la cabeza! ¡Alza la frente! ¡Así!... ¡Entre mis manos!... Escúchame... Me han insinuado algo terrible, algo espantoso, que te hace a ti la más indigna de las culpables. A mí, ¿entiendes?, a mí, al que ha sido para ti el más leal de los hombres, me señalan como víctima de un engaño tuyo, de una burla canalla, de un escarnio inicuo. ¿Tienen razón? ¿Me han mentido?

JESUSA.—¡Suéltame! ¡Déjame!

PACO. — ¡No! *(Asiéndola por las muñecas.)* Contéstame de una vez, pero sin explicaciones embusteras. Con dos palabras... Menos aún. Con una sílaba... ¡Sí o no! ¿Tienen razón? ¿Me han mentido?

JESUSA.—*(Irritada por aquella exigencia injusta.)* ¡Paco, suéltame, que eres injusto! ¡Déjame hablar! No puedo contestarte con una palabra, como tú quieres.

PACO. — No puedes, ¿verdad? ¡Necesitas muchas palabras para justificar la mentira!

JESUSA.—*(Desasiéndose, tras un violento esfuerzo, de las garras de Paco.)* ¡Que se acabó, vaya!... ¿Qué te has figurao? *(Retrocediendo al ver a Paco avanzar un paso.)* ¡No! ¡No avances ni un paso *(Hundiéndose una mano en la blusa.)* porque vengo prevenía pa partirme el corasón si te niegas a escuchar mis rasones!

PACO. — ¿Qué puedes decirme ya? Una relación, de antemano, prevista y estudiada.

JESUSA.—Paco, escúchame. Luego no te fartarán medios de comprobá si es verdad o no lo que te digo. *(Pausa.)* Toas esas insinuaciones que te han hecho no paran má que en una verdá, que yo no pueo negarte: que quiero a un hombre contra toa justisia, contra toa rasón, y que ese hombre no eres tú.

PACO. — ¡Ah! ¿Y negabas tu engaño?

JESUSA.—¡Y lo niego! ¿Qué engaño ha sío el mío? ¿No me has reprochao tú mismo sien veses mi frialdá, casi mi indiferensia ante un cariño tan hondo y tan sinsero como el tuyo? ¿De qué pués acusarme ahora? ¿De que tenías rasón cuando me reprochabas que no te quería? ¿Traté yo nunca de convenserte de lo contrario? Y, en úrtimo término, yamemos las cosas por su nombre. ¿No viniste a buscarme porque podías pagarte el lujo de tener una querida? ¿Y no lo he sío? ¿Y no lo soy? Mi compromiso contigo no yegaba a más. ¿Qué más puees exigirme? *(Pausa. Paco, anonadado, no sabe qué decir.)*

PACO. — Y si cuando yo fuí a ti, querías al otro, ¿por qué aceptaste mi compromiso?

JESUSA.—*(Sonriendo tristemente.)* No te empeñes, Paco, en tené rasón, porque me obligas a contestarte cosas que a mí me duele mucho desírtelas y a ti tié que dolerte más el escucharlas. ¿Que por qué asepté tu compromiso? ¿Quién me lo impedía? Yo, contigo, no iba a embargá mi corasón... Esto, sin contá con otras muchas

causas que me empujaban a lo que hise. Cuando te conosí acababa de sufrí de aquel hombre—que pa que lo sepas de una ve... es Alejandro, er que me perdió, el único hombre que, ante que tú, ha pasao por mi vía—, acababa de sufrí de él una humiyación terrible, que no tengo por qué contarte. Pue en aquel momento me paresía a mí que, yéndome contigo, me vengaba, hasta sierto punto, del otro. Y... ¡lo qué somos las mujeres!, al mismo tiempo buscaba a tu vera er convensimiento de que el otro no era er peó... ¡Toavía quería disculparle! "¡Toos iguales!", me desía. Porque tú me ganabas confiao en tu dinero, que era tu poder, y er me ganaba, me perdía y me vorvía a ganar a su antojo, confiao en mi cariño siego, que era su fuersa. A esto se unía mi pensamiento de que no había rasón humana que me obligara a sufrí pa siempre aquer martirio de mi vía. Quise orvidá, pensé que tú me harías orvidá, y ahora veo que no, que la primera engañá en too esto, he sío yo misma.

PACO. — No. No finjas. No mientas. Hablas de tu propio engaño como lamentándolo, como si te horrorizara la idea de no poder arrancarte del corazón el recuerdo del otro. Y todo esto es falso. Todo una mentira odiosa. En el fondo de tu alma te alegra tu convicción de que no puedes olvidarlo, de que tu cariño es más fuerte que tu voluntad. No lo niegues... Huyes de mis brazos honrados para ir a buscar los suyos, los brazos del granuja, tan inolvidables por sus caricias como por sus castigos.

JESUSA.—¡No! ¡No! Volver a su vera, nunca. ¡Eso nunca! ¡Mi vía, toa mi vía ofresiera a cambio de poder convenserte!... ¡¡Por la salvación de mi alma, por la de mis padres, por la de toa mi gente, te juro, Paco, que ese mal hombre no vuerve a verme... como no sea muerta!! ¡Ah, eso, no! ¡Eso sí que no! ¡Y que er sielo me confunda, pero que me confunda aquí mismo,

ahora mismo, en este mismo instante, si te juro en farso! ¡Paco, créeme! ¡Qué daría yo, Dios mío, porque tú me creyeras!...

PACO. — De cualquier forma. Hay cariños culpables. No se puede querer impunemente a un rufián de su ralea.

JESUSA.—Pué que en eso hayas asertao. Y si has asertao... Si querer a un hombre hasta lo locura, orvidándose de too... hasta de una misma. Si sentir una que la vía entera ya no ha de servirle sino pa queré a ese hombre que la ha enloquesio... Si yorá de rabia, de vergüensa, de selos y de penas en sus brazos... Si no ver más que por sus ojos, si no pensar más que por sus pensamientos, si no sentí más que por sus sentires... Si too merese la condenación de Dio y de la gente, si to eso es un crimen... entonse, sí... yo soy curpable de ese delito y yo no merezco la piedá de nadie. ¡Porque así he querío! ¡Porque aquer hombre, o aquer demonio, me miraba un instante y mi voluntá ya no era más que la suya! ¡Porque yo no sé qué misterios de brujo había en sus palabras, que el oírle me hasía serrá los ojos y estremeserme como una yama, y ya no pensá más que en mi abandono y mi entrega!...

PACO. — *(Loco de despecho.)* ¡Oh! ¡Basta! ¡Calla!

JESUSA.—*(En un furioso estremecimiento sensual.)* ¡Porque eran sus brasos los que me estrechaban!...

PACO. — ¡Calla! ¡Calla!

JESUSA.—*(Fuera de sí.)* ¡Y era su voz!... ¡Su voz!...

PACO. — *(Arrojándose sobre ella. Hundiéndole los dedos en la garganta.)* ¡Calla! ¡Calla!

TELON

ACTO TERCERO

Despacho estilo árabe en casa del Conde de los Alcázares, en Sevilla. Es por la tarde. Quince días después del acto anterior.

RAFAEL.—*(Criado del Conde. Un viejecillo muy pulcro muy atildado y muy decorativo. No es andaluz. Asusta a los visitantes humildes con unas patillas vergonzosas.)* Yo no digo nada, don José.

PEPITO.—Pero lo piensas, viejo marrullero.

RAFAEL.—Yo no pienso nada, don José.

PEPITO.—Pero vas a pensarlo.

RAFAEL.—El señorito no me conoce.

PEPITO.—Confiesa que querrías decirme lo que sigue: "Es verdad. Le odio a usted con todas las veras de mi corazón... Y gozo ferozmente al verle aquí humillado, aceptando mercedes vergonzantes, para no morir en el arroyo como un can hambriento. Es mi venganza de esclavo. Es el triunfo sobre el señorito de todos los miserables de la tierra. Por eso le recordaré siempre que es usted aquí el parásito, dicho en lengua vieja y honorosa, o el fresco, dicho en la moderna jerga desvergonzada."

RAFAEL.—¿Cómo puedo pensar yo esos horrores? Ya sé que bromea el señorito.

PEPITO.—Nada. No puedo ganarme tu gracia. Bien. ¿Y don Leopoldo? ¿No ha vuelto?

RAFAEL.—No, que yo sepa.

PEPITO.—No saldré, entonces. Anda, convídame.

RAFAEL.—¿Cognac?

PEPITO.—Siempre. Soy amigo leal y consecuente.

RAFAEL.—¿Traigo la botella? ¿Una copa? ¿Dos copas?

PEPITO.—¿Vas a atormentarme otra vez?

RAFAEL.—La botella, ¿verdad? *(Entra Chano por el foro.)*

CHANO.—Buenas.
PEPITO.—Hola. Ante todo... escucha: he pedido cognac, y este cancerbero me pregunta: "¿La botella o una copa de cognac?" Responde tú.
CHANO.—La caja de botellas de cognac.
RAFAEL.—Ahora mismo. *(Vase por la derecha.)*
CHANO.—¿No está er señor conde?
PEPITO.—No tardará. *(Consultando su reloj.)* Las seis. ¿Qué te trae por aquí?
CHANO.—Quería hablá ar señor conde... De mi señorito. De don Paco.
PEPITO.—¿Qué pasa?
CHANO.—Pasa que... Bueno, también hay que ponerse en too. Que el desengaño no es pa dicho, que er señorito había entrao por uvas con toas las der beri, y que si lo ocurrío no es pa perdé la pelota, por lo meno es pa que se le extravíe a uno por unos cuantos días.
PEPITO.—Bien. Pero ¿qué pasa?
CHANO.—*(Misterioso.)* De usté pa mí. Don Paco se está buscando un coscorrón. *(Entra Rafael, pone una botella de cognac y una copa sobre la mesa y se va.)*
PEPITO.—¡Jesús! ¡No hables más! Ya sé quién va a dárselo. El otro...
CHANO.—Un coscorrón.
PEPITO.—¿Conoces tú a Alejandro? Un real mozo debe de ser para haber vuelto loca a una mujer como Jesusa.
CHANO.—*(Siguiendo su idea.)* Y se lo va a ganá.
PEPITO.—¿Y el tío qué dice?
CHANO.—Hasta ahora ni pío.
PEPITO.—¡Ah! Pues si mi hombre no dice esta boca es mía, o es un santo o es un cobarde.
CHANO.—Na de eso.
PEPITO.—¿Entonces?...
CHANO.—Es un sinvergüensa.
PEPITO.—Vaya, menos mal.
CHANO.—Lo tengo calao. En cuanto me enteré de la ocurrensia der señorito, de sus ganas de provocarle y de aseptar lo que viniera luego, pue

fuí y me dije: "Conque, Chano, a ve qué clase de hombre es ése, porque si se pierden algunas jofetás, a ti te corresponden dos o tres, por lo meno."

PEPITO.—¿A ti? ¿Por qué?

CHANO.—Porque yo ya entonses no me separaba cuatro parmos der señorito. Er no lo sabía, ni lo sabe, claro está.

PEPITO.—¡Qué criatura!

CHANO.—Y... hablando en plata. Er tío ése es un elefante, y, si se deside, que no se deside, a hasé una mijita e cara, vamo a salí los dos pero que muy mal paraos.

PEPITO.—¿Mal parados? ¡Rodando!

CHANO.—Er gachó no cabe por esa puerta. Le aseguro a usté que a primera vista hase una impresión muy desagradable.

PEPITO.—¡La que se va a armar!

CHANO.—No. He tomao informes.

PEPITO.—¿No embiste? Vamos, todo fachada.

CHANO.—¡Pero de nueve pisos! Menos mal que too da a la caye. *(Golpeándose el pecho.)* No hay ningún cuarto interior.

PEPITO.—Más vale así.

CHANO.—Ahora que... como mala persona, cumple, cumple er gachó. Todo su asedio a Jesusa se acabó en cuanto supo que se había separao de don Paco. A lo mejó se ha creído que se ha separao por él, por su cara bonita. Y ahora, satisfecha su vanidá, anda disiendo el hombre que sus enreos con Jesusa se acabaron pa siempre, como si no hubiera sío eya la primera en asegurárselo. El hombre tié sus ideas. Dise que la mejó nasía no vale la pena de que dos hombres de bien se den por ella dos papirotasos. Y tocante a eso hay que reconosé que más que sinvergüensa, ese tío es un filósofo.

PEPITO.—Sí, un filósofo sinvergüenza. No cabe duda Pues, nada, díselo a don Leopoldo, y a ver qué se hace.

CHANO.—Muy poco. En este cotarro de hasé tonterías

por las mujeres, lo peó es cogé carrera... y er señorito va desbocao. *(Entra el Conde por el foro, un poco agitado, seguido de Rafael, que se queda en la puerta.)* Salud, hijos míos. Chanito de mi alma, ni que te hubieran avisado.

CHANO.—¿Me nesesita usté?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Sí, vas a decirme... Pero aguarda... *(A Rafael.)* Esa señora, ¿verdad? ¿Qué hacemos con ella? ¡Van a acabar conmigo!

PEPITO.—¿Quién es?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Doña Fe!

PEPITO.—¡Válgame Dios!

RAFAEL.—¿El señor conde quiere que la despida?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Quieres tú ir a la casa de socorro?

RAFAEL.—No, señor.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No la despidas, entonces.

PEPITO.—*(Muy convencido.)* ¡Si soy yo tu amo... la despides!

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Don José te quiere muy mal.

PEPITO.—¡Calumnia! No lo quiero de ninguna manera. Es decir... ahorcado tal vez transigiría.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Bueno. No le digas nada, y ya te avisaré lo que tengas que decirle.

RAFAEL.—Está bien, señor conde. *(Vase.)*

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Vamos a lo más interesante. ¿Os habéis enterado de las niñerías que está haciendo mi sobrino?

PEPITO.—Me lo acaba de contar Chano.

CHANO.—Yo por eso venía a hablá con usté. ¿Quién se lo ha contao?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Tu hermana. Vengo de casa de ese insensato.

CHANO.—¿Qué piensa usté hasé?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No lo sé. Por eso quería hablar contigo. Tú sabrás más detalles...

CHANO.—Los que le haya dao mi hermana. Que anda buscando a Alejandro pa provocarle, y que Ale-

jandro, por prudensia, por miedo o por lo que sea, procura no encontrarse con él... Yo no sé más.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Mira, vas a hacerme un favor.

CHANO.—Usté manda.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Vete al Casino a buscarle. Puede que esté allí. Ya te digo que de su casa vengo y en su casa no está.

CHANO.—¿Y qué rasón le doy?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Que se venga para acá en seguida.

CHANO.—Vamos ayá.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Tráemelo aunque sea por una oreja.

CHANO.—Por mí no ha de quedá. A ver si consigue usté arguna cosa. Lo que es como el enemigo nos haga cara... Bueno, como nos haga cara se la rompemos...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Anda, no te detengas

CHANO.—*(Haciendo mutis.)* Es mucho elefante er gachó, es mucho elefante. *(Vase.)*

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Bueno. Estas locuras de Paquito va a ser preciso no tomarlas demasiado en serio.

PEPITO.—¿Qué quiere doña Fe?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Lo de siempre. Está desesperada porque Jesusa se niega a volver a su lado.

PEPITO.—¿Y para qué la necesita?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Para qué? ¡Es tremendo! La vida que ella quisiera para Jesusa sería como el recuerdo animado de su juventud. Ya que sus años no la permiten ser actriz, necesita por lo menos ser espectadora. Figúrate el *vaudeville* que iba a representarse.

PEPITO.—Avísela usted. A mí me divierte mucho.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Espera, te traigo noticias.

PEPITO.—¿Buenas?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Creo que te he encontrado trabajo.
PEPITO.—¡Oh! Malas noticias.
CONDE DE LOS ALCAZARES.—Pero dime antes. Te veo en un punto. ¿Ibas a salir?
PEPITO.—No puedo.
CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Qué quieres?
PEPITO.—¡Pché!...
CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Cuánto?
PEPITO.—¡Pché!...
CONDE DE LOS ALCAZARES.—Toma. *(Le da un billete.)*
PEPITO.—Gracias. ¡Qué vida! ¡Esto es un asco!
CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Vas a disgustarte?
PEPITO.—*(Aludiendo a una copa que acaba de escanciar.)* ¡Pché!... No me dejan.
CONDE DE LOS ALCAZARES.—Haces bien. Todo se arreglará. Tengo para ti una cosa a la vista.
PEPITO.—¡Yo no sé hacer nada!
CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Sabrás ir a cobrar todos los meses?
PEPITO.—¿Cuánto?
CONDE DE LOS ALCAZARES.—Quinientas.
PEPITO.—¿Es muy lejos?
CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Bandido!
PEPITO.—¡Bandido yo, que me he dejado robar siempre!
CONDE DE LOS ALCAZARES.—Te llevarán la nómina a tu casa.
PEPITO.—¡Oh, a mi casa! ¡Cuándo estaré yo en mi casa! ¡No cobraría nunca!
CONDE DE LOS ALCAZARES.—Al Casino.
PEPITO.—¡Hombre! Eso ya me conviene.
CONDE DE LOS ALCAZARES.—Además, ya lo sabes. Te dejaré la administración de mis fincas.
PEPITO.—¡Hombre! Eso ya no le conviene a usted.
CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Bah! Eres un loco, pero no una mala persona. *(Llama al timbre.)*
PEPITO.—Si no supe administrar lo mío...
CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿No aceptas?
PEPITO.—No, don Leopoldo. Muchas gracias. Usted se

merece todo, todo... menos mi administración.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Como quieras. Buscaremos por otro lado. No hay prisa. *(A Rafael, que aparece en el fondo.)* Que pase esa señora.

PEPITO.—¿Me necesita usted? *(Coge el sombrero, que estará sobre cualquier mueble.)*

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Te marchas?

PEPITO.—¿No?...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No, por caridad, Pepito. Se cierne sobre mí la amenaza de doña Fe. No me abandones en este instante de tribulación. Sacrifícate. *(Le quita el sombrero.)*

PEPITO.—*(Resignado.)* Bueno. *(Aparece Doña Fe en la puerta del fondo.)*

FE. ¡Querido Leopoldo, eres un mamarracho!

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Jesús! ¡Jesús! Vamos a ver, ¿qué pasa?

FE. *(Avanzando.)* Pepito es de confianza. Creo que podré desahogarme.

PEPITO.—*(Sentándose en una butaca.)* A mí que no me mezclen en lo que no me importa. Yo no sé nada.

FE. ¿Tú crees que tu conducta conmigo remata dignamente nuestra antigua amistad?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Pero, ¿estás loca?

FE. Jesusa viene con harta frecuencia a esta casa. Niégalo.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Es verdad.

FE. Tú tienes para ella todas las cordialidades. Niégalo.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Es verdad.

FE. Y ustedes hablan de mí. No lo niegues.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No lo niego.

FE. Y Jesusa sale de aquí cada día más convencida de que no debe volver a mi lado.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Lo niego.

FE. ¡Mientes!

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Vamos, Fe!

FE. Pepito, dígale usted que miente.

PEPITO.—¡Ah, señora, yo no sé nada, yo no sé nada!...

FE. *(Al Conde.)* ¡Tú sabes que me estás quitando la vida!

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Yo?

FE. ¡Yo no puedo vivir sin Jesusa!

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Y me vas a hacer a mí responsable?...

FE. ¡Devuélvemela! ¡Yo me muero de hastío! Yo la necesito. Necesito su juventud a mi lado, verla reír, disfrutar, atolondrarse. Me entierras si me la quitas. Tú lo sabes.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Ya, ya lo sé...

FE. Y Pepito también lo sabe. *(A Pepito.)* ¡Diga usted que me entierran si me la quitan! ¡Dígalo usted!

PEPITO.—¡Señora! Yo no sé nada. Pero, en fin, que la entierren.

FE. ¡Dios mío, Dios mío! Esto es un crimen. ¡Y este imbécil, que no sabe nada!

PEPITO.—Nada en absoluto.

FE. Bien. Convengamos en que tú no la aconsejas en ningún sentido.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Naturalmente, mujer.

FE. Pero eso sólo ya es una monstruosidad.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Una monstruosidad!... ¡Qué palabras! Eres terrible.

FE. Tu deber es el de aconsejarla en favor de mi tranquilidad.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—De acuerdo, sí.

FE. ¿Lo reconoces?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Pero no en contra de la suya.

FE. ¿Qué dices?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Lo repito?

FE. ¡Oh, por Dios, intervenga usted! ¡Defiéndame usted contra ese monstruo!

PEPITO.—Señora, ¿cómo voy a decirle que yo no sé nada? *(Se arrellana en su asiento y cierra los ojos.)*

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Después de tu comportamiento con ella no tienes derecho...

FE. ¿Qué comportamiento ha sido el mío?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Cuando te pareció conveniente la acercaste a mi sobrino; cuando viste que mi sobrino no era el caballerete que tú soñabas, intentaste hacerla volver a Alejandro.

FE. Y lo intentaré siempre. Alejandro la quiere como nunca.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Alejandro es un rufián despreciable.

FE. ¿Crees que hice mal al contribuir a la separación de Jesusa y don Paco?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Creo que sufriste una equivocación.

FE. ¿Eh? ¡No me quedaba otra cosa que oír!

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Naturalmente. Quisiste hacer un mal y te salió un bien. Eres irresponsable de tu buena obra.

FE. Está bien. Jesusa volverá a mi lado. ¡Grábate bien estas palabras! He callado hasta ahora para verla volver a mí por amor, no por interés.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—*(Sonriendo.)* Eres fantástica, hija mía.

FE. *(Sacando una carta del bolsillo de mano.)* Lee.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Qué es esto?

FE. Eso es Jesusa, que vuelve.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—"Notaría de"... *(Lee un momento.)* Toma, estás tú fresca.

FE. ¿Qué dices ahora?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Que lo sabíamos ya.

FE. ¿Por quién?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No lo sé. Sólo sé que Jesusa ya me ha hablado de ello y que me ha dicho: "por ningún dinero volvería con ella, y por ese dinero, menos aún".

FE. Este dinero es la recompensa honrada de un alma agradecida.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Pobre Currito Novales! Dios lo tenga en gloria.

FE. Yo fuí para él como una hermana. Le he aten-

dido en sus últimos momentos. Acciones como la mía, no se pagan nunca.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Mujer, yo creo que con esos quince mil duros...

PEPITO.—*(Dando un salto e incorporándose.)* ¿Eh? ¿Quién anda ahí? ¿Qué hora es?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Qué te pasa?

PEPITO.—No sé. Una pesadilla. He oído en sueños...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿En sueños, eh? Doña Fe que ha heredado. ¡Quince mil duros!

PEPITO.—¡Quince mil duros! ¡Mírelo! ¡Mi pesadilla!

FE. ¡Lloviditos del cielo!

PEPITO.—Pero, ¿cómo ha podido ser eso? ¡Mis felicitaciones, doña Fe! *(Cogiéndole las manos.)* ¡Cuénteme! ¡Cuénteme! ¿Currito Novales, verdad, que estiró la pata? *(Entra Rafael por el foro.)*

RAFAEL.—Señor...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Qué hay?

RAFAEL.—Preguntan por el señor.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Quién es?

RAFAEL.—¿Me permite el señor?...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—El señor te lo permite todo. ¿Quién es?

RAFAEL.—¿Me permite el señor que no se lo diga?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Pero, hombre, por Dios, quién te entiende! Ven, acércate. *(Se le acerca Rafael y le dice unas palabras al oído.)* ¡Ah! Sí, sí. Has hecho bien. De todas formas, dile que pase. *(Sale Rafael.)* Mira, Fe, vas a perdonarme. ¿Querrás pasar a este gabinete? Pepito te acompañará. Le conozco. Es muy amable y ya no querrá separarse de tu lado.

FE. Muchas gracias. Pero ya es tarde. Me marcho.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡No! ¡No salgas ahora! ¡Te lo ruego!

FE. ¿Por qué?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Bueno. No salgas todavía, quiero decir. Acaso te necesite en seguida. Entrad aquí. *(Por la lateral izquierda.)*

PEPITO.—Pase usted. Charlaremos. Tiene usted una charla interesantísima.

FE. *(Entrando.)* Por usted lo hago.

PEPITO.—*(Desde la puerta.)* Pero qué cosas más interesantes se le ocurren a esta señora. *(Mutis.)*

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Le ocurren, le ocurren a esta señora. *(Entra Paco por el foro.)*

PACO. — ¿Qué misterios son éstos?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Qué te dijo Rafael?

PACO. — Que avisaría al señor. Es odioso ese hombre. ¡Qué villano! ¡Qué servilismo! No sé cómo lo aguantas.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Sí, está acostumbrado a otras cosas, a otro género de servidumbre. Es un poco molesto, tienes razón. Pero no hay forma de que se corrija.

PACO. — ¿O es que tenías alguna visita reservada?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No.

PACO. — Bueno, ¿qué querías? Me ha dicho Chano...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Sí, tengo que hablarte.

PACO. — Muy bien.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Escucha: Me decía Pepito hace un momento que a los niños malos se les da tres azotes y se les acuesta a las ocho.

PACO. — Pepito es terrible en sus determinaciones.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Y tú te los estás ganando.

PACO. — Pues vengan.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿A qué provocaciones estúpidas te has dedicado estos días? ¿Qué te has propuesto? ¿Quieres el escándalo? ¿Quieres la publicidad de lo que ha ocurrido? ¿Quieres ser la risa de todo el mundo?

PACO. — ¿Quién te ha contado...?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No te importa. *(Pausa.)* ¿Luego todo es verdad? Ya ves, yo te había llamado con la esperanza de que no lo fuera.

PACO. — Pues es verdad. He buscado a ese golfo... Y le

busco... Y no quiero más que encontrarle. Sin baladronadas estúpidas... Tú me conoces...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Pero, ¿por qué? ¿A santo de qué?

PACO.—¿Tú sabes lo que va diciendo por ahí?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No lo sé. Pero diga lo que diga. ¿A ti qué te importa?

PACO.—Ahora resulta, según él, que Jesusa y yo hemos terminado, simplemente, porque él se lo propuso.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Y tú haces caso?

PACO.—Si es que... a lo mejor tiene razón ese granuja... Y le busco... no sé si para castigarle por su mentira o si para vengarme de algún modo... precisamente, de que no pueda desmentirle.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Entonces, ¿culparás también a Jesusa?

PACO.—A Jesusa y a todos. Lo que han hecho conmigo no tiene nombre. Han jugado conmigo como con un pelele. Los tres... Ella, la tía y el rufián, que maniobraba en la sombra. ¡Ah, pero yo te aseguro que les aguo la fiesta!

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Da pena oírte! *(Después de mirarle con una sonrisa despectiva.)*

PACO.—¿También tú?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Te repito que da pena oírte. Has perdido el timón, hijo mío, completamente. Tenías el papel más simpático, el de víctima, y vas a terminar por hacerle odioso. Que vas a aguarles la fiesta... ¿Qué fiesta? Son ganas de mentir por mentir. A ti te consta, como a todos, la vida que hace Jesusa desde que se separó de tu lado. Ni por un instante ha pensado esa criatura en volver con el otro. A ver... ¡Desmiénteme! *(Pausa.)* ¡Qué vas a decir!

PACO.—Sí, sí tengo que decir. A preguntas así, tan concretas, es posible que no sepa contestarte. Pero en el fondo de mi alma veo con toda cla-

ridad el hecho indudable de que he servido de mofa a tres desalmados.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—*(Dando un golpe sobre la mesa.)* ¡Vaya que no! ¡Que no lo consiento! Prefiero reñir contigo a seguir oyéndote desbarrar de ese modo. ¡No tienes razón! ¡No tienes razón! De doña Fe puedes decir lo que te dé la gana. Nunca habrás dicho bastante. De Alejandro no eres tú el llamado a decir mucho. Y de Jesusa no puedes decir nada, absolutamente nada.

PACO. — Como tú quieras.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No; como yo quiera, no. Y ahora vas a oírme, aunque te molestes. ¿Tú sabes por qué estás en ese estado absurdo, dando palos de ciego, y buscando tíos Cristobitos para abrirles la cabeza a garrotazos? Pues nada más que porque te han cantado las cuatro verdades del barquero. Ahí lo tienes. Ni más ni menos, ni menos ni más.

PACO. — ¿Qué verdades son ésas? ¿Y quién me las ha cantado?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Quién? Jesusa. Todo tu rencor hacia ella es porque te ha dicho con toda sinceridad... que no te quiere, y todo tu rencor hacia Alejandro es porque sabes que él, sin merecerlo, se lleva el cariño que a ti te niegan.

PACO. — ¡Ah! ¿También a él le defiendes?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿De tus ataques? ¡Naturalmente! Será, o, mejor dicho, es... es... bueno, todo lo que se diga es poco: rufián, sinvergüenza, matón de oficio, lo que quieras. Ha seducido a Jesusa, la ha perdido, la ha prostituído ignominiosamente... De acuerdo... Que tiene muchas cuentas que arreglar... ¿Quién lo duda? Pero que esas cuentas tenga que arreglarlas contigo, ¿quién te lo ha contado? ¿Qué daño—un daño directo, personal—te ha hecho a ti? ¿Que ha dicho que Jesusa y tú os separásteis porque él se lo propuso? ¿Eso es todo?

¿De todo eso es de lo que tienes que tomar venganza? ¡Cuentos de camino! Ese es el pretexto. Lo que ocurre es que las verdades del barquero te duelen a ti y al lucero del alba, y no sabes cómo desahogarte, y te estás ahí dando de morradas contra toda justicia y todo sentido común. *(Pausa. Paco no contesta, anonadado bajo el peso de la razón del contrario.)*

PACO. — *(Después de un gran esfuerzo, como confesando veladamente su derrota.)* Es que... ¡es que tú no sabes, tío, el daño que me han hecho!

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Ah, amigo mío! Esos ya son otros López. ¡El daño que te han hecho!... ¡Terrible, espantoso! Y si no es, en realidad, ni una cosa ni otra, espantoso y terrible le parece a uno, y con eso basta. Ya lo creo que sí. Todos hemos tenido veinticinco años. Te comprendo perfectamente. Ahora, ahora es cuando comienzas a ser razonable. Pero fíjate en que ellos no son responsables tampoco del daño que te hicieron. Ella, porque no puede evitar que no seas tú el elegido de su corazón, y él porque no está en su voluntad ser o no elegido. La culpa, en último término, sería... qué sé yo... de la vida... del azar de sus determinaciones... Además, no te importe echarle la culpa a la vida. Ella carga con todo. Ya está acostumbrada. *(Paco no contesta. El Conde le mira sonriendo.)* ¿Ves cómo tienes que poner punto en boca? Es un poco desagradable cuanto acabo de decirte, pero tú lo has querido. En fin, amigo Curro, si está usted enfadado, peor para usted.

PACO. — Figúrate...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Vaya, sé franco. Reconoce que no tienes razón.

PACO. — No la tendré. ¡Qué más da!

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No, no. Categóricamente... ¿Tú crees que la tienes, o no?

PACO. — *(Defendiéndose aún.)* ¡Qué manía! Bueno, sí. No la tengo. Eres implacable.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Muy bien. Y ahora prométeme que no vas a volver a buscar a nadie.

PACO. — Prometido.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Oye, una pregunta: ¿No te sientes otro? Después de reconocer que estabas dando palos de ciego, ¿no te parece que eres alguien muy superior al señorito bravucón y camorrista que entró aquí hace unos minutos?

PACO. — *(Sonriendo.)* Tío, no abuses. ¡Ten en cuenta el rubor de ciertas sinceridades!...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—*(Abrazándole.)* ¡Sigues valiendo un mundo, chiquillo bueno! Eres digno de mí. ¡Viva mi sobrino! *(Entra Pepito por la izquierda.)*

PEPITO.—Salud, muchacho.

PACO. — Hola.

PEPITO.—¿Te han dado ya los azotes que te mereces?

PACO. — Acaban de dármelos.

PEPITO.—Me alegro. Verás qué buen cuerpo te hacen. Bueno, perdóname. Ya te veré otro día. Hoy tengo que hacer una atrocidad.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡¡Tú!! ¿Qué atrocidad vas a hacer?

PEPITO.—*(Después de hacer unas señas disimuladas al Conde, como preguntándole qué se hace de Doña Fe.)* ¡Ay, es verdad! ¡Que se trata de mí! ¡Esperen, esperen un momento! *(Queda un instante pensativo.)* Pues, nada; sí, sí. Soy yo el que tengo que hacer. ¡Yo! ¡Qué barbaridad! ¡Qué sorpresas tiene la vida!

PACO. — Pero, ¿estás seguro?

PEPITO.—Que sí, hombre, que sí. Estoy un poco perplejo. Pero, nada, hoy me toca trabajar un poquito.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Pues, anda, corazón, debuta. No te excedas, ¿eh?, que tú no estás acostumbrado.

PEPITO.—Descuide usted. Seré prudente. *(Más señas al Conde.)*

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Pepito, me parece que has abusado del coñac.
PEPITO.—*(Estallando.)* Don Leopoldo, es usted un desagradecido. No se merece usted mi discreción. Y voy a castigarle. *(A Paco.)* ¿Has visto las señas que le estaba haciendo? Pues bien, es que en ese gabinete hay gato encerrado.
CONDE DE LOS ALCAZARES.—*(Aparte.)* ¡Digo, que está ahí Fe! ¡Qué cabeza la mía!
PACO.—Por algo Rafael no me quería dejar pasar.
PEPITO.—¡Trapicheos de su excelencia! ¡Matute vil!
PACO.—*(Al Conde.)* No te apures. ¿Es que se marcha la bella desconocida?
PEPITO.—Sí, bella... y desconocida.
CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Qué penetración la de este muchacho!
PACO.—Pues nada, yo me marcho. Puede pasar la dama.
CONDE DE LOS ALCAZARES.—Muy agradecido. Si tú supieras... ¡Es toda rubor, toda candores!
PACO.—Me voy al jardín hasta que me avises. *(Mutis derecha.)*
CONDE DE LOS ALCAZARES.—Anda, hombre. Hazla salir en seguida. ¡Buena se hubiera armado si se encuentra aquí con mi sobrino! Vamos, llévatela de una vez.
PEPITO.—Oiga, oiga usted, caballero: vamos por partes.
CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Eh? ¿Qué quieres ahora?
PEPITO.—Por lo pronto, me va usted a hacer el favor de hablar con más comedimiento de esa noble dama.
CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Qué dices?
PEPITO.—Que ese país, desde este instante, queda bajo mi protectorado.
CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Pepito! ¡Oh, eres abominable! ¡No tienes enmienda! ¡Como siempre!
PEPITO.—Hay predestinaciones, señor Conde.
CONDE DE LOS ALCAZARES.—Pero, ¿cómo ha podido ser? ¿Has perdido el juicio?

PEPITO.—¡Juicio! Me lo han puesto siempre a un precio inabordable.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Bueno, anda, haz lo que quieras. Pero llévatela de aquí ahora mismo.

PEPITO.—Ahora mismo. Antes, sin embargo, cúmpleme presentaros la dimisión de mi cargo en esta casa. Hoy coloco la primera piedra del edificio de mi nueva vida.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Vete, si no quieres que yo te coloque la primera pedrada!

PEPITO.—Y, desde ahora, puedo anticiparle que, mañana, abandonamos esta ingrata tierra.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Un viaje de amor!

PEPITO.—¡En *sleeping!*

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Adiós mi dinero!

PEPITO.—¿El de usted?...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—*(Llegando a la primera izquierda.)* No aguanto más. ¡Fe! ¡Fe! *(Aparece Doña Fe en la puerta de la izquierda.)*

FE. ¿Puedo, por fin, salir de esta casa?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Perdóname, mujer. Ea, francamente. Entraba mi sobrino cuando tú querías salir. Yo te conozco. Temí una escena desagradable.

FE. *(Muy digna.)* ¿Y qué me importa a mí ya tu sobrino?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Además, a la misma hora esperaba a Jesusa.

FE. Pero ¿qué me importa a mí ya Jesusa? Pepe cuando usted quiera.

PEPITO.—*(Ofreciéndole el brazo.)* Amiga mía...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Señores, qué cinismo! *(Entra Rafael por el foro.)*

RAFAEL.—Señor...

PEPITO.—En fin, don Leopoldo, nos vamos.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Hombre, un segundo! Por lo menos, merezco vuestra despedida. *(A Rafael.)* ¿Qué quieres?

RAFAEL.—¿Puedo decir al señor reservadamente?...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Otro misterio? Anda, ven, ¿qué pasa? *(Rafael se acerca y le habla al oído.)*

FE. ¡Ahora me encierran en la carbonera!...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—*(A Rafael, que hace mutis por el foro.)* ¡Sí, sí, que espere un momento, que soy con ella en seguida! ¡Hombre, Pepito, perdóname, tú que eras tan bueno!...

PEPITO.—¡Ya está! ¡Ya está ahí!

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Figúrate! ¡Es Jesusa!

FE. ¡Mi sobrina! ¡A ver! ¡Paso! ¡Paso! ¡No quiero verla! ¡No quiero verla!

PEPITO.—¡No se vaya usted! *(Deteniéndola.)*

CONDE DE LOS ALCAZARES.—*(Separándoles y empujando a uno hacia dentro y a la otra hacia fuera.)* Ella, sí. Eres tú quien no puede irse.

FE. ¡No le detengas! ¡No podemos detenernos!

PEPITO.—¡Por caridad, don Leopoldo!

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Por caridad, hijo mío! Puede salir Paco y ver aquí a Jesusa. ¡Oh, qué situación! ¡Sería horrible! Anda, vete con él. *(Señalándole la puerta de la derecha.)* Entretenle mientras yo la recibo.

FE. ¡Yo me marcho, Pepe! ¡Esto es una burla inicua!

PEPITO.—¡No, espéreme, espéreme!

FE. Es imposible. No tolero más. ¡Abur! ¡Abur! *(Vase por el foro.)*

PEPITO.—¡Señor Conde de los Alcázares! ¡Esto es ya demasiado! ¡¡Está usted jugando con mi porvenir!!

CONDE DE LOS ALCAZARES.—*(Quitándole el sombrero.)* Son tres minutos. Termino en seguida. *(Empujándole hacia la derecha.)* Pero, anda, vete con Paco. En el jardín debe de estar. No le dejes subir de ninguna manera. ¡Figúrate si se encuentra aquí con Jesusa!

PEPITO.—¡Esto es un crimen! ¡Separarme de ella en este instante! ¡De mi adorado tormento!

CONDE DE LOS ALCAZARES.—*(Haciéndole, por fin, entrar.)* Anda, tormento. Yo te avisaré cuando

haya terminado. Ajajá... Muchas gracias. *(Entra Jesusa por el foro.)*

JESUSA.—Dispénseme usté. Me dijo er criado que no sabía si estaba usté en casa. Temí no poderverle y me he permitío entrá sin permiso.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Lo tienes siempre.

JESUSA.—Ahora..., que ya he encontrao er castigo por mi farta.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Pues, ¿y eso?

JESUSA.—Me he crusao con mi tía. Y, la verdá, no creí que mi pecao fuera tan grande. ¿Qué buscaba aquí ese siclón?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Locuras.

JESUSA.—No me las diga usté.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No te las digo.

JESUSA.—Y eso saldrá ganando eya.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Es verdad.

JESUSA.—Bueno. Yo ya lo tengo toíto arreglao.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Y yo.

JESUSA.—En cuanto me dé usté esa carta cojo er tole.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Aquí la tienes. *(Saca una carta de un cajón de la mesa.)* Cuando te presentes con ella en la fábrica quedarás admitida.

JESUSA.—*(Guardándose la carta.)* Muchas gracias. *(Pausa.)*

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Tú sabes lo que vas a hacer?

JESUSA.—Porque lo sé lo hago.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Tú sabes lo que es dejar Sevilla por primera vez?

JESUSA.—Y por úrtima vé...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Tú sabes el prestigio que adquiere la Giralda desde la Puerta del Sol?

JESUSA.—Me lo figuro.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Y, finalmente, ¿tú sabes lo que es salir de un trabajo de ocho horas y volver a una casa de paredes hostiles, sin escuchar un saludo amigo, sin estrechar una mano amiga?

JESUSA.—No lo sé aún... E verdá... Pero yo creo que basta con que esté desidía a saberlo. ¿Qué me espera aquí ya? Recuerdos de penas que me causaron... Recuerdos de penas que causé... No... Hay que volá de aquí. No hay má remedio. *(Pausa.)* Don Leopoldo... Yo acabo de entrá en esta casa dispuesta a no hablarle de siertas cosas..., y, sin embargo, ahora no sé salí de eya sin rompé mi propósito.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Y yo te agradecería... Sé lo que vas a decirme.

JESUSA.—Perdóneme usté... Dos palabras na más... Paco pensará y dirá de mí... horrores... Pero, ¿cree usted que va a seguí pensándolos durante mucho tiempo? ¿No cree usté que yegará un momento en que tendrá que convenserse de que yo no tengo la curpa? Es desí, ¿cree usté que me guarda Paco mucho rencor?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—O mucho me equivoco, o, desde hace unos minutos, no te guarda rencor de ninguna clase.

JESUSA.—¿Desde hace unos minutos?...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Bueno, Jesusa, te lo voy a decir. Paco está en casa. Le mandé yo llamar para sermonearle un poco, y creo que el sermoncito no se lo ha llevado el aire. Te aseguro que el pobre entró aquí renegando de todos y de todo, creyéndose burlado, escarnecido... En fin, lo que hicimos todos a su edad y en su mismo caso. Pero, como yo acabo de decirle, a pesar de sus rabietas y de sus malas palabras, tiene un corazón que no le cabe en el pecho, y después de oírme—y te aseguro que me ha oído—de mala gana, a regañadientes, como fuera, reconoció que a veces no se tiene razón, aunque se sea la víctima.

JESUSA.—¿Pero era hoy el primer día que hablaban ustedes de mí?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Lo era. Hace quince días que os separasteis, y hace quince días que

los dos luchábamos por evitar en nuestras charlas un tema tan doloroso.

JESUSA.—Y hoy, entonse, ¿por qué?...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Porque..., bueno, no quieras saber, Jesusa... No tiene importancia... Me enteré de... de algo, y para atajar ese algo tuve que hablarle de ti. *(Pausa.)*

JESUSA.—Mire usté, señor conde, pué que haga mal... Pero yo quiero ver a Paco antes de irme... Cuando meno, estrecharle la mano.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¿Tú ves? Por eso no quería decirte que Paco estaba en casa. ¿Qué vas a conseguir?

JESUSA.—No sé... Atormentarme... Buscarme un doló que pudiera evitá, si quisiera... Y, sin embargo... ¡Don Leopoldo, sea usté bueno! ¡Comprenda usté!...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Sé que debiera negarme... Pero, en fin... Ahora que... a mí no me complicas tú en este laberinto. A lo mejor se enfada el señorito y me pone como un trapo.

JESUSA.—¿Entonse...?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Entonces, te entras por esa puerta *(La de la izquierda.)*, que, por cierto, me está haciendo un gran servicio esta tarde; mando llamar a Paco con cualquier pretexto; yo salgo de piras, y tú sales de ahí, le sorprendes, y se dicen ustedes todas las naderías que se les ocurra, que no serán pocas. ¿Te parece?

JESUSA.—Con tal de verlo...

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Pues ni media palabra más. *(Estrechándole la mano.)* Salud, hija mía. Buen viaje y buena suerte. Me despido porque es probable que no nos veamos ya.

JESUSA.—Muchas grasias, y que Dio le pague too el bien que me ha hecho.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Pues que Dios me lo pague. Ea, y a no enternecernos. A tu escondite. *(Abriéndole la puerta.)*

JESUSA.—A mi escondite. *(Sale Jesusa.)*

CONDE DE LOS ALCAZARES.—*(Después de cerrar la puerta por donde ha salido Jesusa, oprime el timbre eléctrico.)* ¡Señor! ¡Señor! ¿Por qué se meterá uno en todo lo que no le importa? *(Entra Rafael por el foro.)*

RAFAEL.—¿Llama el señor?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Mira, baja al jardín y dile a mi sobrino que le estoy aquí esperando.

RAFAEL.—Ahora mismo. *(Cuando se dispone a salir por la derecha, entra Paco por ella.)*

PACO. — Creo que ya he aguantado bastante tu descortesía. ¿Hasta cuándo pensabas tenerme en el jardín?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—Precisamente bajaba Rafael a llamarte. *(A Rafael.)* Nada ya. Puedes irte. *(Sale Rafael.)*

PACO. — ¿Y nosotros?... ¿Nos vamos también?

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No; por eso te he llamado. Acaban de avisarme con urgencia del Círculo... Juanito Alcántara. Ya sabes que andamos pleiteando. Voy allá en un salto. Ni veinte minutos. Espérame.

PACO. — Ni un minuto más de los veinte.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—No tengas cuidado. Pero... ahora que me acuerdo... ¿Y Pepito?

PACO. — Se ha ido por el corral.

CONDE DE LOS ALCAZARES.—¡Ah, traidor! Bueno, hasta ahora. *(Se va por el foro.)*

PACO. — Hasta ahora mismo.

(Paco se sienta en una butaca, con un libro en la mano. Cuando se dispone a enfrascarse en su lectura, aparece Jesusa.)

PACO. — *(Levantándose de un salto.)* ¡Jesusa! *(Vacila, no sabiendo qué actitud tomar. Inmediatamente reacciona y protesta de la inocente celada.)* Pero ¿qué es esto? ¿Qué encerrona ridícula es esta? Te has puesto de acuerdo con mi tío para sorprenderme, ¿verdad?

JESUSA.—Cármate, hombre. Y no le eches la curpa a nadie. A mí, sí... Tóo esto es cosa mía. Tu tío no sabe una palabra.

PACO. — No, no, ha sido él. Si le conoceré yo. No goza más que con estos enredos. Pero, en fin, sea él o seas tú... da lo mismo. Te lo repito: ¿A qué viene esta encerrona ridícula?

JESUSA.—Ya sabía yo que iba a sentarte muy mal... Pero no tan mal como te ha sentao.

PACO. — Bueno, tú dirás. Abreviemos. ¿Qué quieres?

JESUSA.—Pues, a punto fijo no lo sé. Verte, hablá contigo unos minutos. Es que... me voy de Seviya. Mañana mismo. Y no quería irme sin despedirme de ti... Bueno..., no es tampoco por despedirme de ti solamente... Vaya, lo que te he dicho... que tenía unas ganas locas de verte..., aun a sabiendas de que iba a se un sufrimiento inútil pa los dos.

PACO. — Si lo sabías, bien pudiste habérnoslo ahorrado.

JESUSA.—Pues no he podío... Cosas que son... porque son, y que no se comprenden. Aunque, fijándose un poco, quisá yegue una a comprendé la rasón de esta nesesidá de verte ante de desaparesé pa siempre de tu vera. Y quisá too se redusca a la misma pregunta que acabo de hacerle a tu tío... ¡Bueno, ya se me escapó lo de tu tío!

PACO. — Naturalmente. Tenía que ser él.

JESUSA.—Na, que me he colao. Lo confieso.

PACO. — Bien. ¿Y qué pregunta es esa que acabas de hacer a mi tío?

JESUSA.—Pue fuí y le dije, digo: "Oiga usté, don Leopoldo, ¿me guarda Paco mucho rencor?" Ya no sé lo que me contestó don Leopoldo. A mí lo que me interesa es lo que me respondas tú.

PACO. — *(Evadiendo la contestación.)* ¿Y adónde vas? ¿Qué necesidad tienes de salir de Sevilla?

JESUSA.—Pero no cambies de conversasión. Contéstame a lo que te he preguntao.

PACO. — ¿Qué te importa lo que yo piense de tí? No, no hablemos de eso.

JESUSA.—¿Y a ti qué te importa que yo sarga o no de Seviya?

PACO. — Sí me importa. Porque me figuro que alguien te obliga, o con amenazas o con disgustos.

JESUSA.—No. Sé por dónde vas. No es eso. O mejor dicho, no es... ése. Me voy porque he yorao ya mucho en Seviya, y no tengo que agradeserle na. Y como tengo un ofisio, y con ese ofisio se trabaja en toas partes... Tu tío me ha buscao trabajo en una fábrica de Madrí, y ayá me voy. *(Pausa.)* Pero yo también insisto en mis preguntas, no vayas a creerte. Y antes de irme quiero sabé si hay en tu corasón muchos rencores pa quien te hiso mucho daño, mucho, pero sin ninguna curpa, ninguna. O si, por el contrario, te has convensío al final... de eso, de que yo no tengo curpa ninguna y de que eran injustos tus rencores.

PACO. — *(Un poco impaciente.)* ¡Oh, es tremendo, es terrible este acoso!... Antes mi tío, ahora tú. Todos empeñados no sólo en que no tengo razón, sino en que confiese que no tengo razón. Pero ¿qué se proponen ustedes? ¡Soy un hombre, y nada más que un hombre! ¡Y a un hombre, cuando sufre como yo, no le queda más consuelo que el de buscar, que el de inventar un culpable! ¿Ustedes saben qué martirio es éste de sentirme víctima de algo, y mirar alrededor y no poder decir a nadie: "Tú tienes la culpa?" ¡No tengo razón, no! Pero dejadme protestar de algún modo... de que no la tenga. Sí, ya lo sé... La gente se burla de esas protestas inútiles, y las llama el derecho al pataleo. Pues bien, dejadme ese derecho. Vosotros sí que no tenéis derecho a negármelo.

JESUSA.—¡Qué bueno eres! ¡Y qué noble y qué cabal!

PACO. — Que ¡qué bueno soy! ¡Otra de las cosas que no quiero oír! Será verdad, pero no decídmelo. No repetídmelo tanto. No recordadme que el más bueno, por serlo precisamente, es el que más ha perdido. *(Se deja caer en una butaca, la cabeza entre las manos.)*

JESUSA.—*(Acercándosele.)* Yo sé que voy a removê co-

sas que te mortifican y me mortifican... Pero yo no sé dominarme... Por no haberme sabío dominar nunca he sío una desdichá toa la vía Cuarquiera que conosca mi caso, pensaría: "Pero ¿qué demonio de mujé es ésta que no acaba por querer al hombre de quien na más que buenas obras ha resibío?" Y, sin embargo... Yo no sé explicarme; pero yo creo que estoy en lo sierto. Porque tú verás lo que me pasa: yo sierro los ojos, y hasiendo un gran esfuerso de voluntá, me orvío de too mi pasao... Y entonses veo que too mi presente lo yenas tú, y que te quise con toa mi arma, y que tú eres el único hombre por quien yo lo diera too en este mundo. Pero, luego, abro los ojos, y me convenso de que, aunque yo no quiera, ese pasao está vivo a mi esparda, y que en ese pasao hay otro hombre, y que ese hombre, malo, perdío, como sea, va cresiendo como una sombra, y se me va asercando, asercando, al mismo tiempo que tú, como otra sombra, te me vas yendo, te me vas yendo... Y como yo me conosco, y sé que no soy mujé pa luchá entre un debé y un cariño, prefiero prosedé como he prosedío, arta la frente y tranquila la consiensia. Esto sin contar con que un santo, como tú, hay que ponerlo en el artá mayor, que es mucho santo pa una capiyita.

(Aunque sin mirarla—la cabeza rendida entre las manos y los codos apoyados en las rodillas—, Paco la ha escuchado atentamente. Ha luchado por no entregarse a la emoción de la tierna sinceridad de Jesusa. Pero, al final, todos sus esfuerzos fracasan, y, en un gesto irreprimible, se apodera de las manos de Jesusa y las besa fervorosamente.)

PACO. — ¡Jesusa! ¡Jesusa!...

(Ella se las deja besar. Las lágrimas inundan sus mejillas... Pausa. Cuando él le suelta las manos, Jesusa le acaricia la frente, y, al mismo tiempo, mira una y otra vez a la puerta del

fondo. Es que ha ideado un plan para evitar el dolor de los postreros adioses. Después, suave, imperceptiblemente, se va separando de él, volviendo a cada instante la cabeza para convencerse de que él no se da cuenta de su salida... Acaso se haya dado cuenta... Acaso no... Pero en aquel instante, todo le da lo mismo. Sin saber lo que hace, automáticamente, enajenado, se levanta de su asiento, para ir a caer en seguida, como un pelele desarticulado, en otro asiento cualquiera. Todo nuevo intento de resistencia es inútil. Se oculta el rostro sobre el brazo derecho, y llora como un niño, como una mujer, como un hombre, como una pobre criatura de Dios. Cuando Jesusa, ya a dos pasos de la puerta del foro, se dispone a salir, aparece en ella el Conde de los Alcázares. Jesusa se arroja en sus brazos, y, sobre el amplio pecho acogedor, reposa un segundo su cabeza atormentada. Sale, al fin, Jesusa, y el Conde, lentamente, se acerca a su sobrino.)

CONDE DE LOS ALCAZARES.—*(Animándole con unas palmadas en el hombro.)* Vaya... En fin... ¡Muchacho!... ¡Pero, muchacho!...

TELON



Imp. Artística Sáez Hermanos.
Norte, 21. Teléf. 16244. Madrid.